

**...para todas las personas
que he encontrado en
el camino y me han
enseñado a respetar, a
escuchar, a no juzgar,
a ver, a sentir, a no
olvidar, a ayudar, a
comprometerme, a
compartir, a soñar...
en definitiva..., a VIVIR**

INTRUSO

Primera edición: agosto 2020

Fotografías: Isidoro Gallo ●, Erika Urquiola, Unai y Gotzon Cañada.

Correcciones de Javier Cacho.

ISBN: 978-84-1374-159-8

Depósito legal: AL 1744-2020

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Gotzon Cañada

© Maquetación y diseño: Gotzon Cañada

© Fotografía de cubierta: Gotzon Cañada

gotzonca@hotmail.com

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcirculo rojo.com

info@editorialcirculo rojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Editorial Círculo Rojo apoya la creación artística y la protección del copyright. Queda totalmente prohibida la reproducción, escaneo o distribución de esta obra por cualquier medio o canal sin permiso expreso tanto de autor como de editor, bajo la sanción establecida por la legislación. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o de las opiniones que el autor manifieste en ella.

El papel utilizado para imprimir este libro es 100% libre de cloro y, por tanto, ecológico.

INTRUSO

**No aceptes lo habitual como cosa natural,
porque en tiempos de desorden,
de confusión organizada,
de humanidad deshumanizada,
nada debe parecer natural.**

Nada debe parecer imposible de cambiar.

**Bertolt Brecht
1898 - 1956**



Para ponerlos en contexto

Según la Real Academia de la Lengua, un intruso es alguien que alterna en un ambiente que no le es propio o se introduce en algo sin derecho.

Eso es precisamente lo que ahora mismo estoy haciendo: ponerme a escribir, cuando soy muy consciente de que “es un ambiente que no me es propio”. Pido disculpas de antemano ya que no me he podido resistir a la tentación de hacerlo, asumiendo el vocablo como muy descriptivo de esta acción.

Este término también se puede aplicar al viaje, porque queramos o no, nos introducimos en la vida de muchas personas sin ningún derecho... otra cosa es que seamos aceptados o no.

Una vez aceptada mi osadía como tal, voy a intentar relatar algunas situaciones, vivencias y anécdotas, con la intención de haceros partícipes de ellas y ver si soy capaz de animaros a viajar, VIAJAR sí, con mayúsculas.

Tuve la suerte de nacer en una familia numerosa donde el arte y la cultura impregnaban el día a día y la pasión por conocer hacía que nuestros padres fueran capaces de meternos a los siete en un Seat 600 para... ¡recorrer Europa!. Esto fue sin duda el germen de mi pasión y a medida que iba creciendo, viaje tras viaje, se acrecentaba. Cada regreso se convertía enseguida en la búsqueda del siguiente destino.

Con dos "pedazos" de amigos, Isidoro Gallo y Fernando Garaizar, empezamos a buscar los lugares más recónditos e interesantes del planeta, dejando para el final los fáciles y conocidos (para que nos lleven en silla de ruedas) y siempre con un presupuesto mínimo. La idea era siempre la misma: una mochila liviana, un punto de llegada y a recorrer el país de lado a lado sin nada previsto, dejándonos llevar por los momentos, las horas y las gentes con las que nos cruzábamos y tratando siempre de aprender y conocer siguiendo una regla muy simple: oír, ver y callar.

Viajar puede ser muy barato si somos capaces de prescindir de ciertas comodidades y nos salimos de los circuitos establecidos. Además nos permite conocer gentes, ritos y lugares que no están en las guías (ni preparadas para los turistas) y estimular nuestra capacidad de asombro ante lo inesperado.





Así hemos recorrido muchos países, vivido experiencias que nos han marcado, sufrido algunos contratiempos y conocido realidades que nos han puesto en nuestro sitio. Nos ha permitido reconocer que somos unos seres privilegiados sólo por nacer en un lugar concreto y que la historia la escriben los vencedores... la realidad suele ser otra. También nos ha puesto delante la otra verdad que no se cuenta, la que no se refleja en los medios de comunicación, la que no interesa y en la que nacen, viven y mueren muchas de esas personas que cuando te miran, dejan huella.

Otra forma de viajar es hacerlo con un fin concreto y al que me llevó mi trabajo para el Instituto de Astrofísica de Canarias. Nació **Shelios**: una asociación para perseguir eclipses, auroras y fenómenos celestes que fundamos Ricardo Porras, Ángel Gómez, Javier Cosme, Adela Iglesias, Mikel Serra y yo.

A ésta siguió otra asociación con parecidos fines, pero diferentes compañeros: **Cenitexpediciones**, formada por Erika Urquiola, Cipriano Carrillo, Rubén Naveros y quien esto escribe.

Esta forma de viajar tiene unas connotaciones diferentes porque vas a un lugar concreto y persigues un fin que no sabes si vas a poder lograr, lo que le confiere una emoción especial por la incertidumbre del resultado.

Perseguir un eclipse en medio del océano Atlántico, en Turkia, India o Chile, ver las auroras boreales en Groenlandia o tener delante las enigmáticas Llamas Blancas de Choquequirao en Perú, tampoco te dejan indiferente.

Esa imposible indiferencia, y alguna que otra circunstancia, nos llevó a Erika Urquiola, Unai Cañada y Gotzon Cañada, a impulsar la Asociación **Bloko del Valle**, que desde 2010 y con la herramienta de la percusión como aliada, nos permitía aportar algo a los espacios donde viajábamos: música, valores, emociones y la pertenencia a un grupo que sigue creciendo año tras año.

Y ahora voy a tratar de compartir contigo momentos que nunca se olvidan y que me han hecho ser como soy: un intruso... porque tú tampoco me has invitado a compartir tus ojos.

¿Viajamos?

Son ya unos cuantos años viajando, durante los cuales hemos ido viendo y viviendo cambios, progreso, desastres...

Hemos visto como la política interfiere en la vida de las personas, como la ambición, la soberbia y la intolerancia oprimen... como el poderoso aplasta al débil y como el deseo de poder lleva a países enteros a la más completa ruina.

Viajar se ha popularizado, los destinos se han acercado, el turismo se ha multiplicado y, en ocasiones, hace daño en las poblaciones locales menos favorecidas.

Entre viaje y viaje hemos dejado atrás algunas situaciones y personas y encontrado otras en el camino... hemos ido creciendo, cambiando y aprendiendo.

Algo muy evidente cuando miras atrás son los cambios producidos tanto en origen como en destino. Hace unos años, en el lugar más recóndito del planeta encontrabas una CocaCola. Hoy encuentras una CocaCola y un móvil.

El acceso a la información y la inmediatez de las comunicaciones son un avance, claro, en lugares donde dar un recado eran tres días de camino, ahora son segundos.

Esto ha supuesto cambios importantes en sociedades escondidas, pero no ha supuesto un acercamiento sino todo lo contrario... cada vez es mayor la brecha entre mundos.





Viajes desorganizados

Moverse por el mundo en viajes “desorganizados” depara sorpresas que no ofrecen los circuitos, como vivir “los funerales del cielo” en Tíbet (una ceremonia prohibida a extranjeros), encontrar a un ex futbolista del Málaga en Kirguizistán y que una servilleta sirva como salvoconducto para llegar a Katmandú. Éstas son algunas de las vivencias y situaciones que nunca vivirás en un tour organizado.

No digo que en esos viajes no vayas a ver cosas que también son interesantes, pero viajando por tu cuenta, el factor sorpresa, lo desconocido, lo sorprendente e incluso los problemas, están en cualquier recodo del camino y tienes que solucionarlos sobre la marcha.

Eso te crea un gusanillo dentro, crea adicción: esa sensación de que coges un avión y llegas al punto de salida y a partir de ahí no sabes lo que va a pasar... hace subir la adrenalina.

¿Qué hay en la mochila?

Una pequeña mochila con un máximo de 8 kg es suficiente para un viaje de un mes.

Bueno, si el viaje es a un lugar frío, se puede ampliar a 10 kg.

Los "por si acaso" nos hacen cargar muchas horas con cosas "necesarias" que no lo son.

Una muda, dos camisetas, dos pantalones, media pastilla de jabón Lagarto, una bayeta como toalla, cepillo de dientes y un polar son suficientes.

Viajar ligero de equipaje es importante.

Nunca sabes cuál va a ser el medio de locomoción ni con lo que te vas a encontrar en el camino y no perderlo de vista es vital.

Por supuesto, lo que lleves de valor siempre encima y bien controlado, porque un despiste puede suponer un grave problema.

Haciendo tiempo para coger el avión de vuelta a casa, desde Nairobi, paramos en un pequeño local de carretera para tomar un té.

Llegado el momento, cogemos un taxi para acercarnos al aeropuerto y a mitad de camino me doy cuenta de que he dejado mi mochila en la silla que ocupaba. Estupor!!!

Ahí llevaba la documentación, los pasaportes, los billetes de avión, la cámara de fotos y el dinero!!!

Me temblaba todo, porque eso suponía que Erika, Rubén y yo nos quedábamos en tierra. Dimos media vuelta y deshicimos lo andado, mientras iba ordenando las ideas para ver cómo solucionar mi despiste. Al llegar al café, un señor nos esperaba con la mochila en la mano haciendo señas y sonriendo me dice: "les estaba esperando".

No quiso aceptar nada y, por supuesto, no faltaba nada.



Miedo a viajar

Recorrer el planeta sin programa puede tener sus riesgos, es cierto, pero muchas de las informaciones sobre lugares "no recomendados" hay que ponerlas en cuarentena.

Lo habitual es que los medios de comunicación se hagan eco de noticias con morbo (que se venden mejor), pero es muy raro leer artículos sobre la amabilidad, la cortesía y la hospitalidad con la que en casi todas partes del mundo se recibe al viajero.

Atravesar cualquier país es fácil dejándote llevar por tu instinto y sentido común.

Siempre encuentras personas que te ayudan y que son capaces de darte su comida del día para que puedas seguir viaje.

Sólo hay que tener un poco más de atención en las grandes ciudades donde siempre hay zonas no recomendables a determinadas horas de la noche, pero incluso en esas, si las visitas con alguien de la zona, no tienes nada que temer.

¿Dónde vamos?

Una mochila con lo imprescindible y una tarjeta de crédito nos ponen en camino hacia casi cualquier destino del planeta. No hay que pensar demasiado.

Nuestro destino nos espera con los brazos abiertos, pero no se nos ocurre pensar en la imagen que transmitimos cuando pagamos entre 30€ y 1000€ por pasar una noche cuando las personas que allí trabajan están cobrando 70\$ al mes y nos sonríen...

No tenemos ningún problema para llegar hasta su casa y, muchas veces, ponerles mala cara porque las cosas no están como a nosotros nos gustan...

¿Como no van a desear poder hacer lo mismo? Pero no pueden.

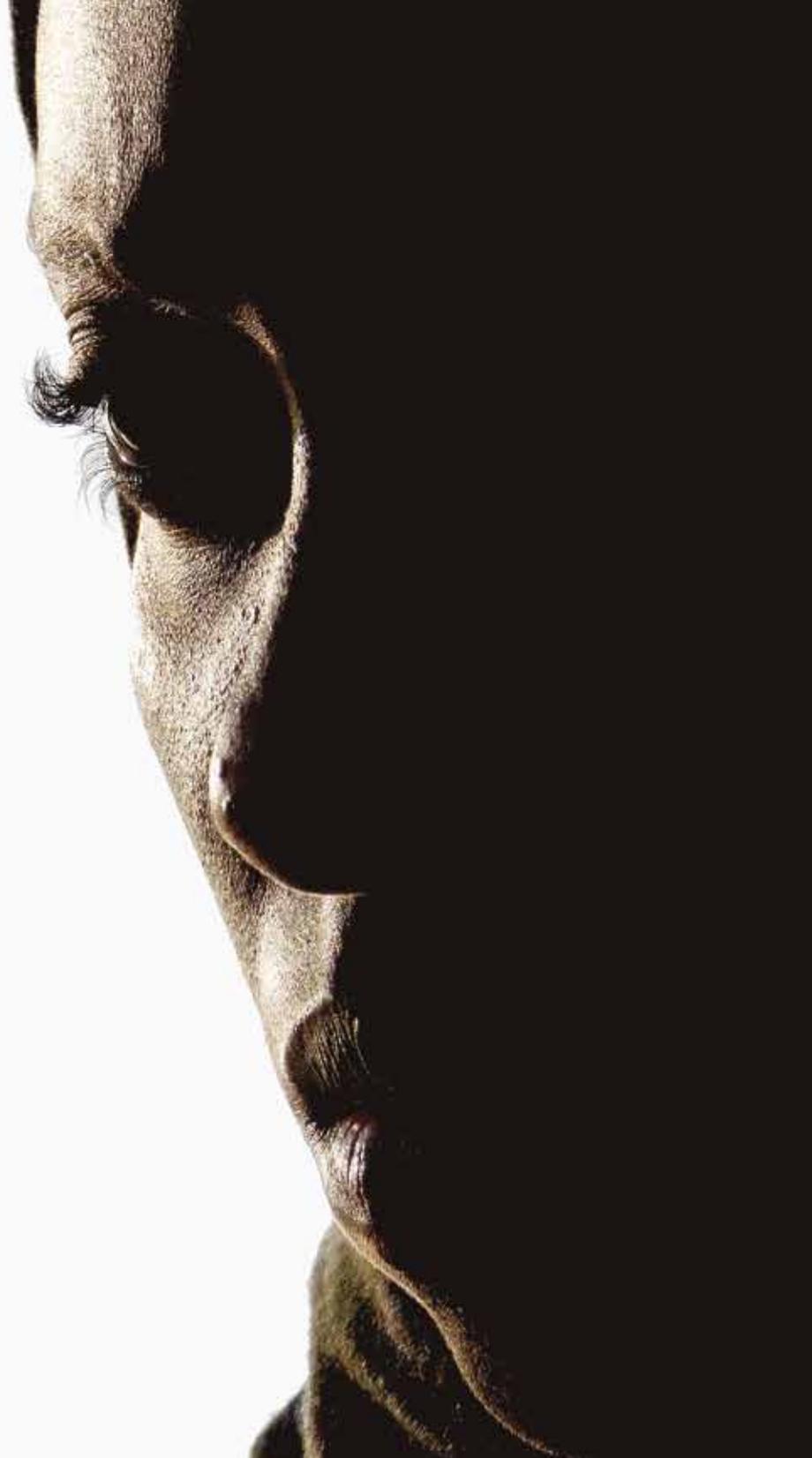
Primero, conseguir un pasaporte es casi imposible, además de muy caro.

Segundo, acceder a un visado es prácticamente una utopía.

Tercero, no les vamos a dejar entrar si no tienen dinero.

Y a los que se arriesgan a perder hasta la vida por conseguirlo somos capaces de dejarlos morir en el mar o a manos de mafias sin escrúpulos.

Y volvemos a casa, tan tranquilos, pensando que hemos conocido un país espectacular...



¿Qué llevamos a la boca?

En cada lugar que visitamos hay personas que nacen, viven y mueren allí y que probablemente nunca hayan conocido nada más allá de su horizonte cercano. Son capaces de alimentarse con lo que tienen cerca y se les ve, generalmente, saludables.

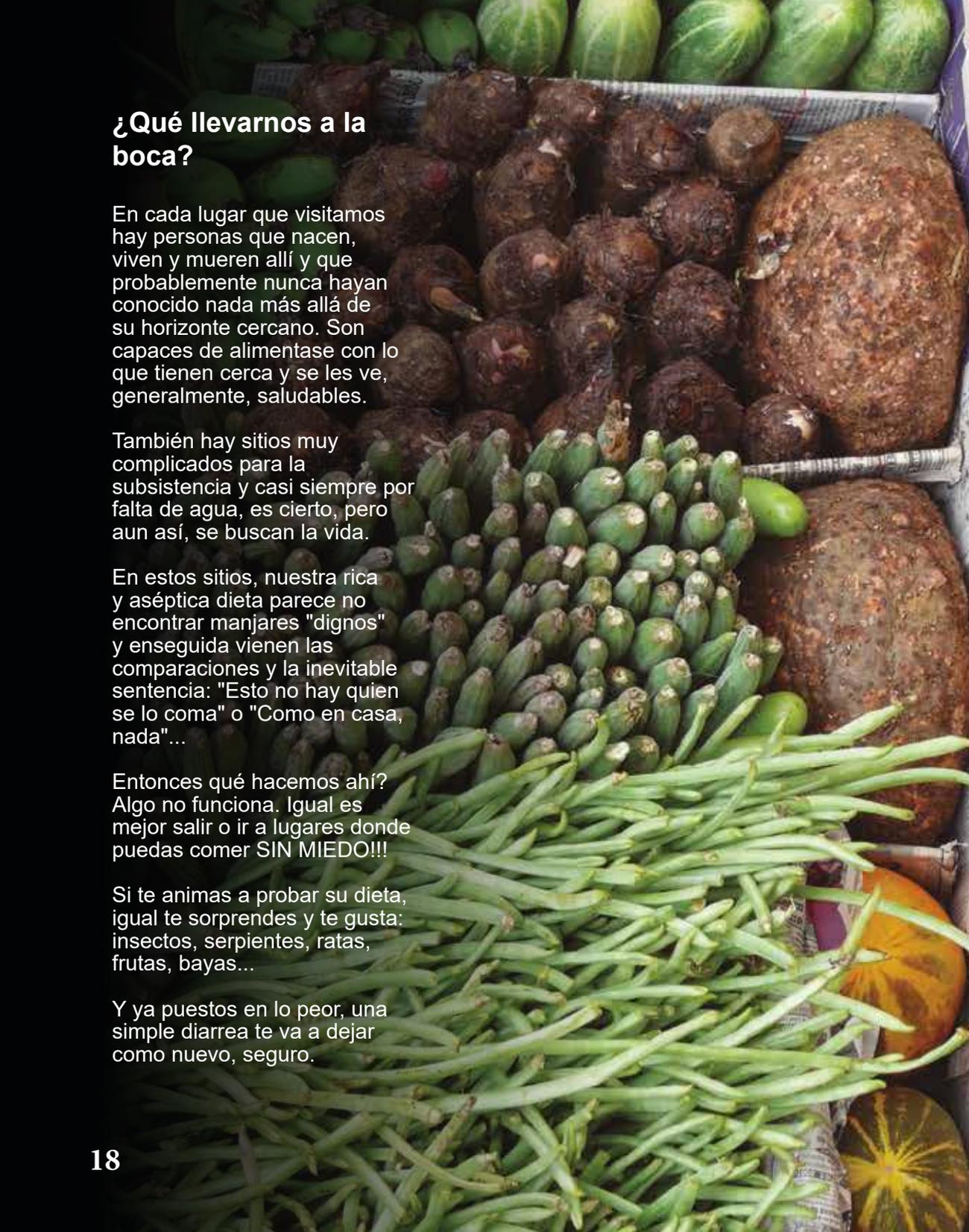
También hay sitios muy complicados para la subsistencia y casi siempre por falta de agua, es cierto, pero aun así, se buscan la vida.

En estos sitios, nuestra rica y aséptica dieta parece no encontrar manjares "dignos" y enseguida vienen las comparaciones y la inevitable sentencia: "Esto no hay quien se lo coma" o "Como en casa, nada"...

Entonces qué hacemos ahí? Algo no funciona. Igual es mejor salir o ir a lugares donde puedas comer SIN MIEDO!!!

Si te animas a probar su dieta, igual te sorprendes y te gusta: insectos, serpientes, ratas, frutas, bayas...

Y ya puestos en lo peor, una simple diarrea te va a dejar como nuevo, seguro.





Pensar antes de intervenir

El encargo de unas vidrieras para una iglesia protestante de Abeokuta - Nigeria, me puso delante de las narices situaciones en las que, si hubiera pensado antes de actuar, mi reacción habría sido diferente.

Joseph, mi anfitrión, vino a buscarnos a la casa donde nos quedábamos para llevarnos a desayunar. Al salir, me adelanté, abrí la puerta del coche y me metí dentro.

Lo que luego pasó, no lo podía entender... salió Joseph y le dio una paliza al joven conductor por no abrirme la puerta... al día siguiente el conductor era otra persona.

Ya en la iglesia donde había que colocar las vidrieras, pregunté por el lugar elegido... "es ahí mismo" me dicen... No me lo podía creer, lo que yo llevaba no entraba en ese hueco. Tenía casi un metro más de ancho.

Se monta un andamio de bambú y a picar la pared. Ponen a mi disposición un equipo de trabajadores, pero sólo hay un martillo y un cincel, por lo que por turnos vamos abriendo el hueco.

Una vez colocada la vidriera falta rematar el trabajo, para lo que llega el albañil jefe.

El cemento se prepara en el suelo y lo suben los niños y las mujeres en una pequeña palangana colocada en la cabeza.

Al trepar por el andamio, a uno de los niños se le cae. Baja el jefe y le da un tremendo golpe en la mano con la paleta de albañil. Cuando va a darle el segundo golpe, le paro la mano.

Estupor general... la cara de odio que me lanza el jefe, aún la tengo presente... acabo de ponerle en evidencia delante de toda su gente. Desde ese momento el niño no se me separa ni un momento.

Pero un día yo me fui.



El incesante ir y venir

En el lugar más inhóspito del planeta, y aunque no lo parezca, hay vida... un hilillo de humo, un rebaño, una yurta o un simple sendero por el que asoma una figura que va de ningún sitio a ninguna parte.



Rubíes en el autobús

El trayecto entre Rangún (capital de Myanmar, antes Birmania) y Mandalay, unos 700 km de pista de tierra, lo hacemos en un destartalado autobús tan pequeño como sus ocupantes y donde dos asientos son ocupados por tres o cuatro personas más sus enseres. Nuestras piernas no entran y se prevén unas 18 horas de trayecto, si no hay inconvenientes.

En una de las paradas para recoger nuevos viajeros pido permiso para ir detrás, colgado en la escalerilla exterior que sube al techo del autobús. Varias personas me ofrecen su sitio, lo que declino amablemente y tras amarrarme con el cinturón a la escalerilla, bajo la atenta y sorprendida mirada del pasaje, continuamos viaje.

Hacemos amistad con un viajero que nos ayuda en las paradas para conseguir un poco de arroz blanco sin especias (algo casi imposible... allí todo pica) y nos cuenta que es estudiante y ha ido a trabajar durante el verano en una mina de rubíes, para poder pagar sus estudios.

Nosotros no llegábamos hasta el final del trayecto, así que bajamos en nuestra parada y llegó la despedida.

Le saludamos desde tierra y de pronto se baja corriendo del bus con un paquetito en la mano que nos ofrece. Nosotros agradecidos lo abrimos y ¡¡¡era una bolsita de rubíes!!!

Nos miramos los tres... era evidente que no podíamos aceptar, pero la escena es observada desde todas las ventanillas del bus y el chico se ve como comprometido, decepcionado y enfadado por nuestra actitud. Le explicamos que nuestra cultura no nos permite aceptarlo si no tenemos algo con que corresponder a su generosa dádiva... y parece que le convence.

Nos damos un abrazo se sube al autobús y parte sonriente.

Fotografía de isidoro Gallo, Accesit en el International NPCI Nikon PhotoContest 1996 Japan

Sin palabras

Cuatro ojos blancos rodeados por una piel oscura emergen al otro lado de la tabla donde me dispongo a cenar un plato de arroz con verduras.

No llego a ver sus narices.

Las miradas se cruzan y se centran en el plato.

Un leve movimiento de mis cejas hacia arriba, como aceptación, hace que aparezcan dos manos derechas, que, cogiendo un poco, bajan y vuelven a subir vacías.

Esos cuatro ojos escudriñan el espacio que nos rodea.... no les está permitido estar ahí.

Una leve inclinación de cabeza hacia la izquierda hace que suba una mano con un papel arrugado, donde con mucha delicadeza se vierte lo que queda.

Los cuatro ojos se miran, sonrían y se vuelven hacia mí.

Desaparecen corriendo en la oscuridad con un paquetito arrugado entre las manos...

seguramente, otros ojos les esperan.

Pasados los años, los ojos de esta escena, que se desarrolló en una pequeña aldea africana, aparecen entre mis recuerdos más duros y recurrentes.



Cuidado con la Policía

Queríamos ir a Uzbekistán, para seguir la Ruta de la Seda: Samarkanda, Khiva y Bukhara, pero al llegar al aeropuerto no nos dejan entrar en el país porque no llevábamos una invitación de algún uzbeko. Solución: nos ponen en un bus hacia Kirguizistán, para que allí y con una agencia de viajes nos arreglen el contratiempo.

Llegamos de noche a una lúgubre frontera y, como éramos los únicos extranjeros, nos separan del resto de viajeros... algo empieza a oler mal... nos llaman de uno en uno y me toca a mi ser el primero.

Una sala con un pequeño quinqué ilumina a tres corpulentos policías que me preguntan por las drogas que llevo ¿...?

Me quitan la mochila, la dejan en una silla y me piden que vacíe mis bolsillos en una mesa donde hay tres pistolas sin dueño.

Cuando llegan a la cartera del dinero, me la cogen y sin inmutarse cogen 200\$ preguntando si había algún problema... suponeis bien mi respuesta... "en absoluto", que remedio. Todo resuelto. Lo mismo les pasó a mis dos compañeros.

Cuando se lo comentamos a la agencia con la que teníamos que hacer las gestiones para entrar en Uzbekistán (una semana que aprovechamos para patear su país) nos dice que es que cobran poco y tienen que sacar algún extra...

Viajar por Tíbet

El nuestro comienza con los preparativos en Katmandhu, permisos, papeles y unos días de ligera aclimatación a la altura, aunque sus 1.300m no son comparables a lo que nos espera con altitudes medias de 4.000m y cotas de más de 6.000m.

Un camión nos lleva hasta Kodari, la puerta de entrada a Tíbet. Si llegar no es fácil menos lo es atravesarla, por la impresionante burocracia china, todo es cuestión de tranquilidad.

Una vez pasada la frontera, la subida se hace más pronunciada. Desde los 1300m hasta los 4.200m de Nialam en un día, donde ya empezamos a sentir el “mal de altura”.

Dolor de cabeza, malestar general, poco apetito y dificultades con el sueño. Aquí ya se empieza a sentir que Tíbet no es un país fácil para moverse: la altura, la orografía y los agentes meteorológicos, tratan de complicar el viaje, pero los paisajes y las gentes que nos vamos cruzando nos hacen olvidar las penalidades de la travesía.

Es un país duro, con fríos inviernos y húmedos veranos. Situado entre montes inhóspitos arrasados por la erosión, ríos turbulentos, complicados accesos por caminos cortados a diario y cordilleras con pasos de 5.200m donde el tiempo se detiene (dato para los astrofísicos).

Las distancias no se miden en horas ni en Km, tan sólo están.

Sabes cuando sales, nunca cuando llegas.

Los altos pasos y los nuevos valles despiertan continuamente la curiosidad del viajero, lo mismo que esa sorprendente vida que aparece entre las montañas: los nómadas con sus yacks y nakcs, sus ennegrecidas (por el humo) yurtas (tiendas) en las que sobrevivir a la altura, la humedad y el frío, parece imposible.





Y sin embargo, allí están con sus animales y sus niños, con su piel tan negra como los yacks y esa sonrisa de ingenuidad aparente tan característica.

En estas alturas sólo viven en verano, aprovechando los pastos que deja el deshielo y viven básicamente de los animales.

Comen carne de cabra y productos de la leche, queso y mantequilla, que también venden.

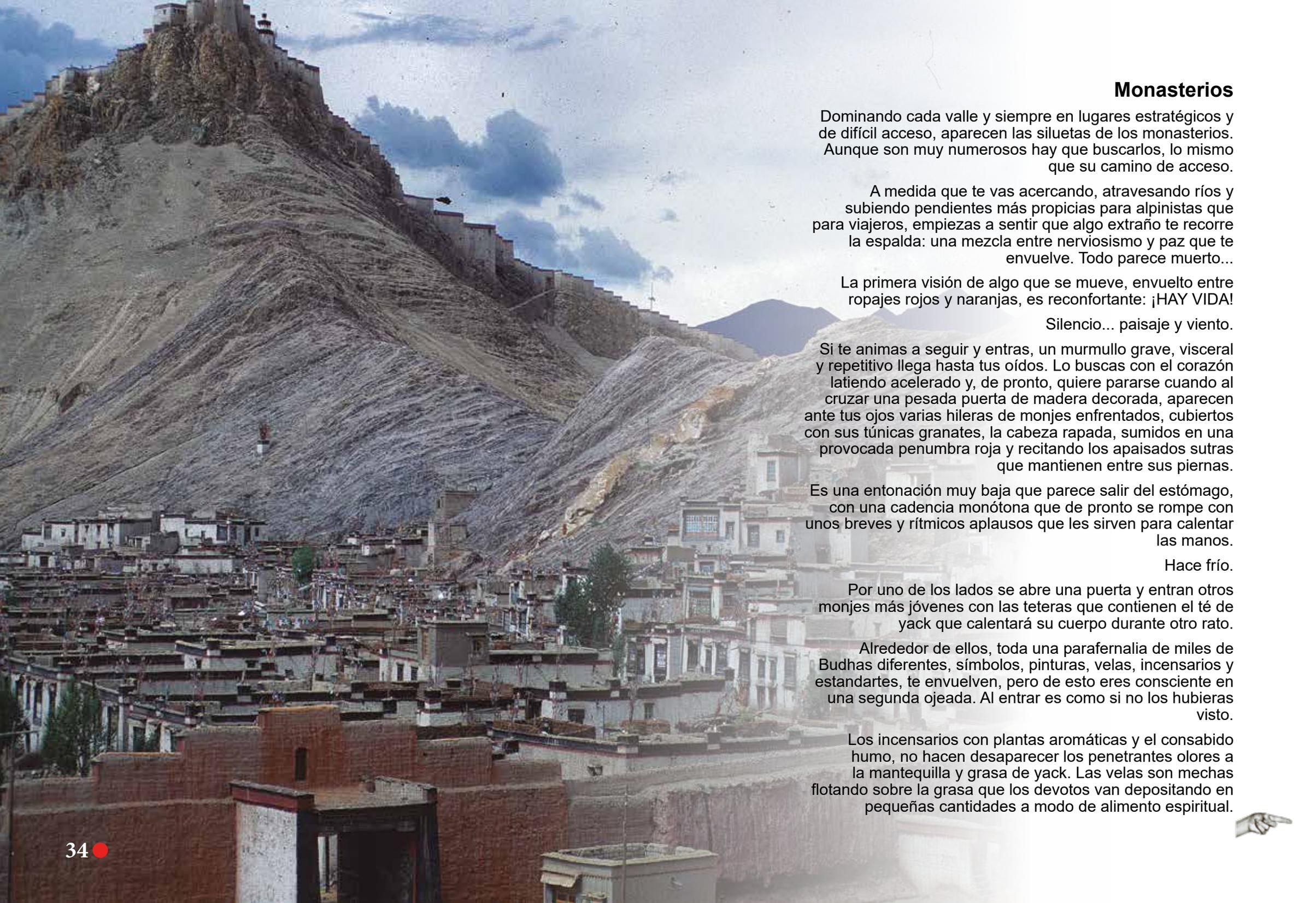
Con la mantequilla rancia preparan el "chasuma" una especie de té muy energético, de fuerte sabor, difícil de tragar y que es la bebida nacional tibetana. En un recipiente cilíndrico de madera se pone la mantequilla, se añade sal y agua hirviendo, se bate y listo.

El yack nunca se sacrifica para comer, es su nexa con la vida en el valle, su medio de transporte y su signo de riqueza. De él, aprovechan la lana para tejer y sus excrementos, que se recogen al amanecer, para cocinar y calentarse.

A medida que nos acercamos a los valles se distinguen los pequeños pueblos, absolutamente incorporados al paisaje, con sus casas de adobe y piedra y esa forma tan característica de pirámide truncada, adornadas con grafismos de corte budista en puertas y ventanas y los excrementos de yack secándose en los muros.

Entre ellas se ve a sus moradores, un tanto sorprendidos y esquivos al principio, pero amables, sonrientes y curiosos en cuanto hay un acercamiento.

Sus gestos denotan una humildad ancestral, que supongo provocada por siglos de sometimiento al sistema feudal existente. Tienen una economía de subsistencia y no saben lo que es tener agua, luz o aseos.



Monasterios

Dominando cada valle y siempre en lugares estratégicos y de difícil acceso, aparecen las siluetas de los monasterios. Aunque son muy numerosos hay que buscarlos, lo mismo que su camino de acceso.

A medida que te vas acercando, atravesando ríos y subiendo pendientes más propicias para alpinistas que para viajeros, empiezas a sentir que algo extraño te recorre la espalda: una mezcla entre nerviosismo y paz que te envuelve. Todo parece muerto...

La primera visión de algo que se mueve, envuelto entre ropajes rojos y naranjas, es reconfortante: ¡HAY VIDA!

Silencio... paisaje y viento.

Si te animas a seguir y entras, un murmullo grave, visceral y repetitivo llega hasta tus oídos. Lo buscas con el corazón latiendo acelerado y, de pronto, quiere pararse cuando al cruzar una pesada puerta de madera decorada, aparecen ante tus ojos varias hileras de monjes enfrentados, cubiertos con sus túnicas granates, la cabeza rapada, sumidos en una provocada penumbra roja y recitando los apaisados sutras que mantienen entre sus piernas.

Es una entonación muy baja que parece salir del estómago, con una cadencia monótona que de pronto se rompe con unos breves y rítmicos aplausos que les sirven para calentar las manos.

Hace frío.

Por uno de los lados se abre una puerta y entran otros monjes más jóvenes con las teteras que contienen el té de yack que calentará su cuerpo durante otro rato.

Alrededor de ellos, toda una parafernalia de miles de Budhas diferentes, símbolos, pinturas, velas, incensarios y estandartes, te envuelven, pero de esto eres consciente en una segunda ojeada. Al entrar es como si no los hubieras visto.

Los incensarios con plantas aromáticas y el consabido humo, no hacen desaparecer los penetrantes olores a la mantequilla y grasa de yack. Las velas son mechas flotando sobre la grasa que los devotos van depositando en pequeñas cantidades a modo de alimento espiritual.



El suelo está cubierto por gruesas capas de esta olorosa grasa que hace difícil caminar sin resbalar.

Todo esto te sume en una especie de transportación al mundo de los sueños. Parece irreal... un tono místico y envolvente te recuerda que no perteneces a ese lugar. No entiendes nada, pero lo sientes cercano.

Algún monje se digna a mirarte y obsequiarte con una sonrisa, sin dejar de repetir su oración. Los demás siguen con lo suyo, no existes.

Salir a la luz del patio central, es un sopapo a la intimidad.

Hay otros ritos que se hacen en los patios o en los jardines y son como una especie de debates.

El que vimos en el "gompa" de Sera era una especie de coreografía plástica perfecta: se sientan en semicírculos en grupos de cuatro o cinco monjes, con el maestro de pie en el centro, provocando y preguntando con gestos y palabras a los alumnos.

Estos piensan y responden de la misma manera, creándose una algarabía de sonidos y movimientos, unos duros (error) y otros amables, que anuncian una respuesta correcta.

Aquí se ve también a los más pequeños, niños de diez o doce años, pequeños «budhas» aprendices de monjes. Tan revoltosos y risueños como su edad.

Hay otras estancias de los monasterios que también tienen importancia e interés: las cocinas, sus espartanas habitaciones, las bibliotecas, la multitud de pasadizos, las salas y patios...

Al caer el sol se retiran a cenar, rezar y dormir.

Si no tienes la suerte de poder quedarte con ellos, no te queda más remedio que volver al exterior donde tendrás que buscar un lugar donde pasar la noche y la salida no es fácil porque dejas atrás algo que parecía corresponderte y no has sabido sujetar.





Funerales del Cielo

Tíbet no es un país fácil para viajar. Los caminos son complicados y la climatología adversa, pero ofrece mucho a quien quiera arriesgarse entre sus montañas, pueblos, monasterios y gentes.

En uno de estos viajes y por ese azar del camino, llegamos una mañana, al amanecer, a Digrum Till. Sobre una ladera vislumbramos un monasterio.

No recuerdo si fue la curiosidad o la posibilidad de encontrar comida y descanso lo que nos hizo subir hasta él, pero allí estábamos ante las curiosas miradas de un círculo de monjes, recitando sus mantras, en el patio principal del edificio.

En el centro, un fardo de mantas atadas.

Nos sentamos para no interrumpir sus rezos y esperamos.

Al rato, salen varias personas de una de las estancias... y no eran monjes. Tampoco turistas...

Salen del templo y se dirigen hacia el monte. Tampoco sé porqué, pero les seguimos e intentamos entablar conversación. Parecen saber a donde van.

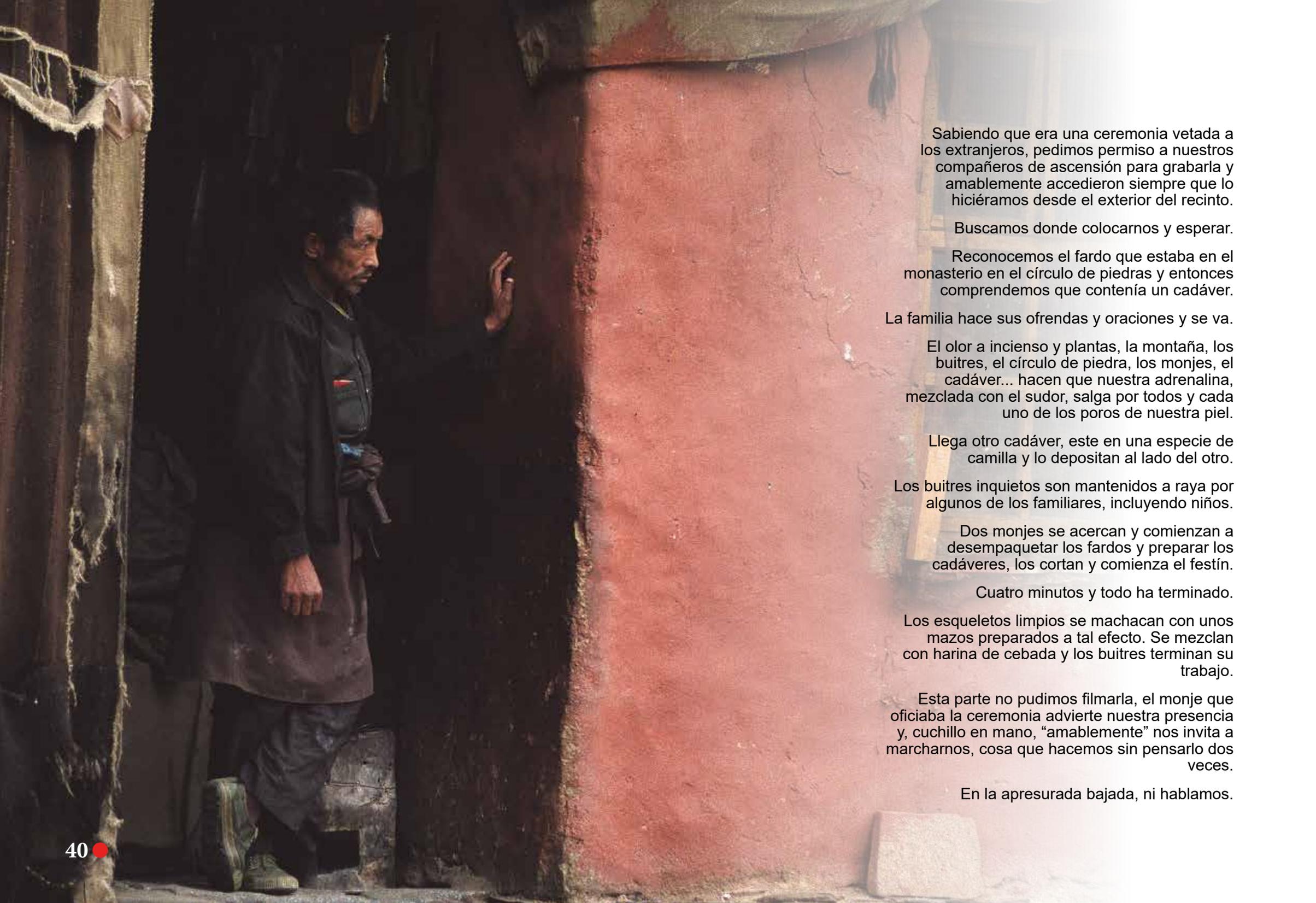
Llegando a la cima, un llano, unas banderas y buitres, muchos buitres. A medida que nos acercámos no se inmutan, pasamos entre ellos.

La escena y la precaución eran tan excitantes que no nos dimos cuenta del círculo de piedras que encerraban las banderas de oración que teníamos delante.

Es entonces cuando somos conscientes de que estábamos en el "tutró" el lugar donde se celebra uno de los ritos más impresionantes de la cultura tibetana: La ceremonia del "chabtó", los Funerales del Cielo.

Habíamos leído sobre ello y ahora, el azar del camino nos lo ponía delante.





Sabiendo que era una ceremonia vetada a los extranjeros, pedimos permiso a nuestros compañeros de ascensión para grabarla y amablemente accedieron siempre que lo hiciéramos desde el exterior del recinto.

Buscamos donde colocarnos y esperar.

Reconocemos el fardo que estaba en el monasterio en el círculo de piedras y entonces comprendemos que contenía un cadáver.

La familia hace sus ofrendas y oraciones y se va.

El olor a incienso y plantas, la montaña, los buitres, el círculo de piedra, los monjes, el cadáver... hacen que nuestra adrenalina, mezclada con el sudor, salga por todos y cada uno de los poros de nuestra piel.

Llega otro cadáver, este en una especie de camilla y lo depositan al lado del otro.

Los buitres inquietos son mantenidos a raya por algunos de los familiares, incluyendo niños.

Dos monjes se acercan y comienzan a desempaquetar los fardos y preparar los cadáveres, los cortan y comienza el festín.

Cuatro minutos y todo ha terminado.

Los esqueletos limpios se machacan con unos mazos preparados a tal efecto. Se mezclan con harina de cebada y los buitres terminan su trabajo.

Esta parte no pudimos filmarla, el monje que oficiaba la ceremonia advierte nuestra presencia y, cuchillo en mano, "amablemente" nos invita a marcharnos, cosa que hacemos sin pensarlo dos veces.

En la apresurada bajada, ni hablamos.



Tú te quedas fuera

Hay lugares donde el tiempo tiene otra dimensión, por lo que medirlo en horas no tiene sentido. Uno de esos espacios es el monasterio de Tashilumpo en Shigatse.

Al llegar te encuentras a los peregrinos haciendo la Kora (son tres vueltas al edificio en el sentido contrario a las agujas del reloj, antes de entrar en la estancia donde está la representación de Buda) y acariciando las interminables filas de molinillos de oración para que, al girar, recen por ellos.

Una vez dentro, lo mejor es sentarse y observar. Hay un ambiente de recogimiento extremo y todo huele a la grasa de yack que se quema en los incensarios.

De alguna estancia salen voces de los monjes que se ocupan de las rutinas cotidianas. Todo parece tener sentido: el movimiento, los sonidos, los olores.

En un momento dado y cuando los peregrinos se van marchando, sucede algo que llama nuestra atención: de todas las estancias salen grupos de monjes que se van colocando ordenadamente en el patio central.



Intuimos que algo va a suceder, así que decidimos quedarnos.

Éramos los únicos extraños.

Enseguida se nos acerca uno de los monjes mayores que señalando a Fernando, le dice que se vaya.

A nosotros ni nos mira.

Decidimos marcharnos también, pero Fernando nos pide que nos quedemos, porque algo va a pasar.

Nos quedamos durante toda la ceremonia: impresionante.

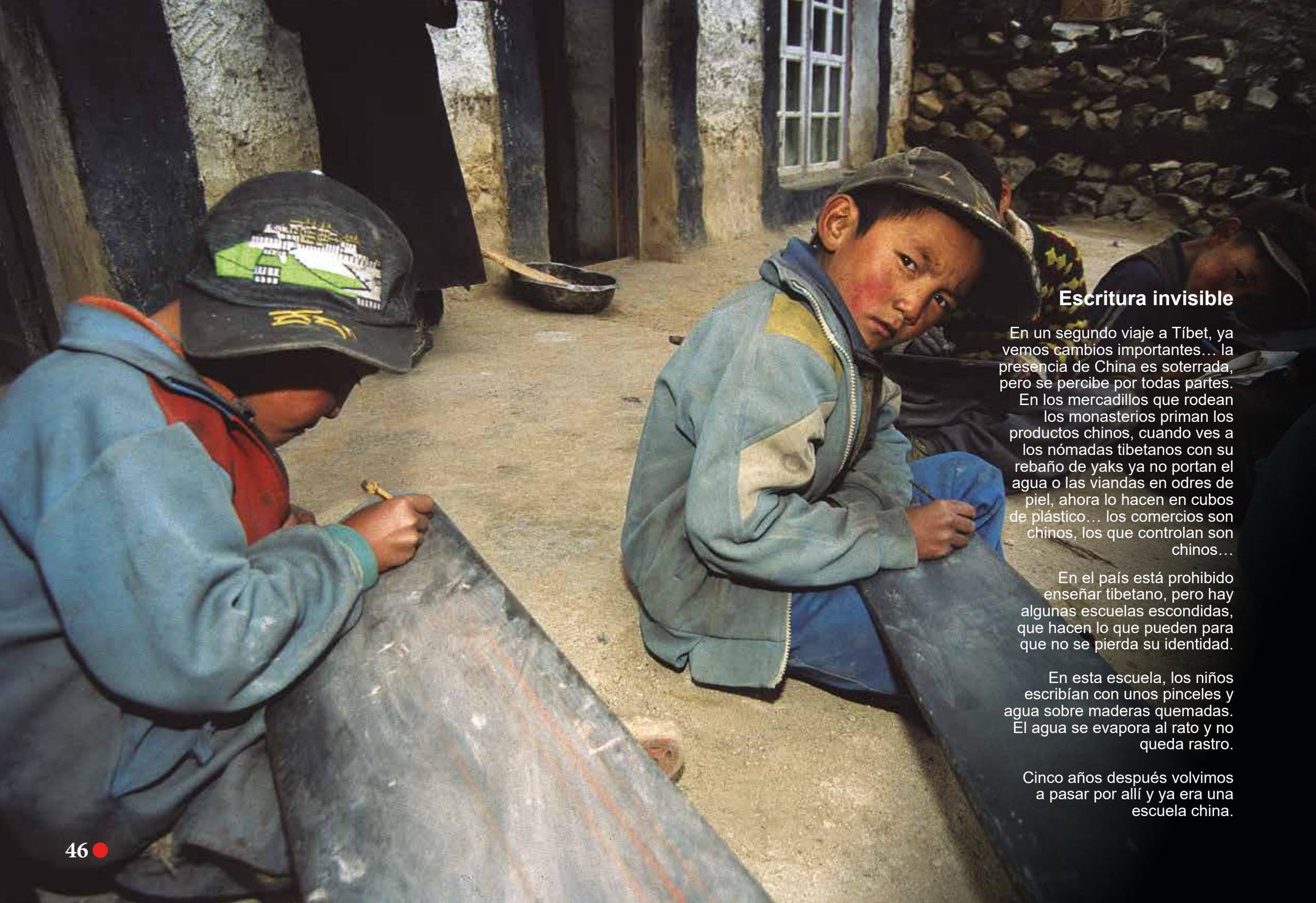
Todos los monjes del monasterio reunidos en el patio y separados por grupos de edades, iban recitando mantras guturales dirigidos por uno de los mayores.

Este portaba en la mano una vara de tea encendida que se iba consumiendo lentamente.

La ceremonia terminó cuando la brasa llegó a una marca establecida en la vara.

Pedimos permiso para hacer alguna foto y nos lo dieron.

Evidentemente nunca supimos que fue lo que pasó para que a Fernando no le permitieran quedarse...



Escritura invisible

En un segundo viaje a Tíbet, ya vemos cambios importantes... la presencia de China es soterrada, pero se percibe por todas partes.

En los mercadillos que rodean los monasterios priman los productos chinos, cuando ves a los nómadas tibetanos con su rebaño de yaks ya no portan el agua o las viandas en odres de piel, ahora lo hacen en cubos de plástico... los comercios son chinos, los que controlan son chinos...

En el país está prohibido enseñar tibetano, pero hay algunas escuelas escondidas, que hacen lo que pueden para que no se pierda su identidad.

En esta escuela, los niños escribían con unos pinceles y agua sobre maderas quemadas. El agua se evapora al rato y no queda rastro.

Cinco años después volvimos a pasar por allí y ya era una escuela china.

Sostenibilidad

Si fuéramos capaces de observar con tranquilidad y sin juzgar lo que nos rodea, igual podríamos recuperar muchas cosas olvidadas...

Metidos de lleno en un mundo tecnológico que avanza sin tregua, se nos llena la boca con vocablos como sostenibilidad, olvidando de donde venimos y sin saber muy bien hacia dónde vamos.

En muchas zonas del planeta saben de las propiedades caloríficas del estiércol animal y lo usan tanto para cocinar como para calentarse. Se recoge aún fresco por la mañana, se amasa y se pone a secar.

Esta mujer, tras saludarnos entró en su casa y nos ofreció un pedazo de pan.

Por supuesto, no se había lavado las manos y aquí seguimos.





Salvoconducto en una servilleta

Estábamos en Katmandhu (Nepal) para hacer el viaje hasta Lhasa y la propuesta que nos hacen es ir en camiones y volver en avión, pero esto era mucho más caro, así que, sin decir nada nos proponemos volver de nuevo en los camiones.

Ya en Lhasa, contactamos con un conductor que nos propone llevarnos de vuelta hasta la frontera. Pagamos el viaje, pero el día acordado para volver, el chófer no se presenta. Ha desaparecido.

Recorremos algunos locales intentando encontrarlo, pero nadie nos da una pista. Volvemos al hotelito donde estábamos alojados y contamos nuestro problema a nuestra anfitriona.

Nos ve tan agobiados y enfadados que se ofrece para ayudarnos. Una llamada, y al rato, aparece el vehículo que habíamos contratado con el conductor y un señor al lado.

Este nos dice que lo siente y que no nos preocupemos, que el chófer nos lleva hasta la frontera. Daba la impresión de ser alguien importante, por el trato que recibía de los demás.

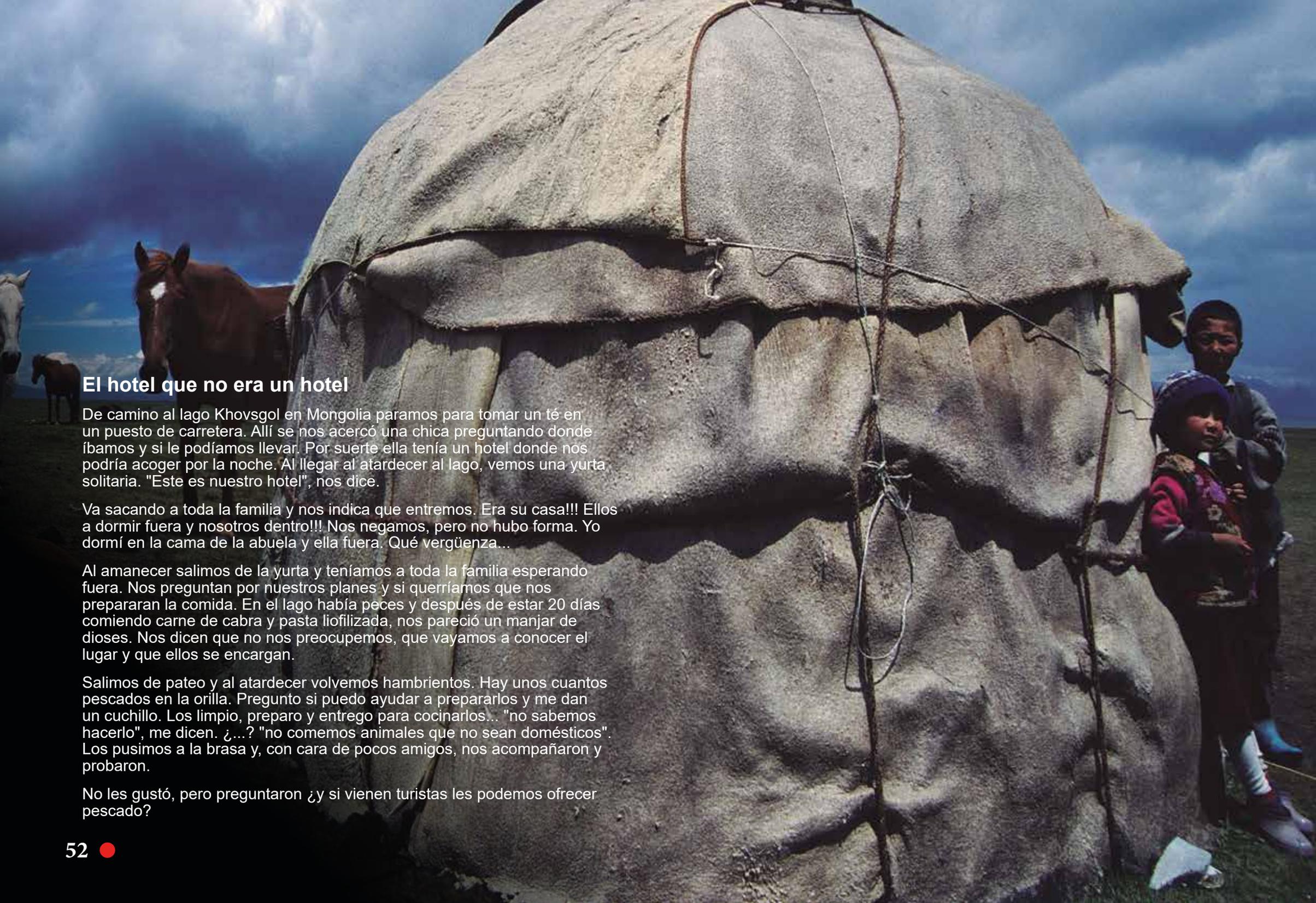
Al despedirnos agradeciendo su ayuda, nos pidió un momento para escribir algo en una servilleta de papel. Estaba en chino, así que no lo pudimos leer pero nos dijo que, si en algún momento teníamos un problema, la utilizaríamos.

Durante el recorrido no tuvimos ningún contratiempo, pero al llegar al puesto fronterizo de Tíbet, que está a un par de kilómetros de la frontera con Nepal, nos preguntaron que qué hacíamos allí, que no podíamos pasar, que estaba prohibido, que volviéramos a Lhasa (400km) y cojamos el avión... o 2000\$ de multa por cabeza...

Mientras decidíamos qué hacer, Isi nos recuerda la servilleta. Se la mostramos al impassible guardia fronterizo, que al leerla cambió de actitud y salió con prisa a buscar a su superior. Al poco volvió indicándonos que subiéramos al vehículo y no paráramos en ningún sitio, que ya nos esperaban abajo.

En la bajada hasta la frontera nadie dijo nada, pero nos mirábamos muy tensos preguntándonos qué iba a pasar.

Nunca supimos qué ponía en esa servilleta, pero pasamos a Nepal sin ningún problema bajo la atenta y sorprendida mirada de los policías chinos.



El hotel que no era un hotel

De camino al lago Khovsgol en Mongolia paramos para tomar un té en un puesto de carretera. Allí se nos acercó una chica preguntando donde íbamos y si le podíamos llevar. Por suerte ella tenía un hotel donde nos podría acoger por la noche. Al llegar al atardecer al lago, vemos una yurta solitaria. "Este es nuestro hotel", nos dice.

Va sacando a toda la familia y nos indica que entremos. Era su casa!!! Ellos a dormir fuera y nosotros dentro!!! Nos negamos, pero no hubo forma. Yo dormí en la cama de la abuela y ella fuera. Qué vergüenza...

Al amanecer salimos de la yurta y teníamos a toda la familia esperando fuera. Nos preguntan por nuestros planes y si queríamos que nos prepararan la comida. En el lago había peces y después de estar 20 días comiendo carne de cabra y pasta liofilizada, nos pareció un manjar de dioses. Nos dicen que no nos preocupemos, que vayamos a conocer el lugar y que ellos se encargan.

Salimos de pateo y al atardecer volvemos hambrientos. Hay unos cuantos pescados en la orilla. Pregunto si puedo ayudar a prepararlos y me dan un cuchillo. Los limpio, preparo y entrego para cocinarlos.. "no sabemos hacerlo", me dicen. ¿...? "no comemos animales que no sean domésticos". Los pusimos a la brasa y, con cara de pocos amigos, nos acompañaron y probaron.

No les gustó, pero preguntaron ¿y si vienen turistas les podemos ofrecer pescado?



Hospitalidad

Viajando por Uzbekistán al margen de los circuitos turísticos puedes sentir, de primera mano, la hospitalidad de las personas que te vas cruzando en el camino. Esto es algo general, siempre que dejes de lado las grandes ciudades.

Puedes parar en el sitio más recóndito de cualquier país y ver cómo te abren la puerta, y te invitan a pasar. También te ofrecerán alguna exquisitez a la que no estamos acostumbrados como leche de yegua, queso añejo o una especie de vodka elaborado tras varios procesos de destilación casera de leche de vaca. Incluso te pueden ofrecer su comida del día, sin pedir nada a cambio.

Sacarán su mejor “vajilla”, la que sólo utilizan en las grandes ocasiones, pero estad atentos porque puede que ellos se queden sin comer... esto puede pasar si los visitantes sois varios.

Cuando te veas en una de estas situaciones, hay algo que siempre funciona: decir que, todos menos uno, estamos muy mal del estómago, y ese será quien comparta su comida aceptando y agradeciendo su acogida.



Una niña en el desierto

Estábamos atravesando el desierto de Gobi en un desvencijado LADA, donde llevábamos la comida liofilizada, el agua y el carburante imprescindibles.

El trayecto es impresionantemente monótono y con poca vida asomando a lo lejos. Al tercer día de camino vemos un pequeño asentamiento de yurtas y entre ellas lo que parecía una pequeña huerta verde.

La posibilidad de conseguir algún alimento fresco hace que nuestro vehículo coja la senda de nuestras miradas y nos acercamos a pedir si nos podían vender algo. Conseguimos cuatro pequeñas patatas (no tenían mucho más y eran para autoconsumo).

Tras agradecerles que compartieran lo que tenían con nosotros, seguimos viaje y al atardecer llegamos a un pequeño valle donde vemos un hilillo de humo saliendo de una pequeña casita. Un buen lugar para pasar la noche.

Allí vivía una pareja con una niña de unos seis años que nos recibieron amistosos y nos ofrecieron un pequeño espacio para dormir a cubierto de las frías noches del desierto.

Como mis dos compañeros estaban un poco febriles y el ánimo andaba un poco bajo, parecía el momento de permitirnos un "extra" para la cena: freiremos las cuatro patatas que llevábamos cual tesoro!!!

La niña observaba curiosa cada uno de nuestros movimientos desde una cierta distancia.





Viendo que no había reparos, se iba acercando poco a poco, hasta que su padre le grita (suponemos, porque era un lenguaje que no entendíamos) que nos dejara tranquilos.

Por gestos le decimos que no molestaba, que no había problema. Se acercó hasta ponerse a mi lado y, atenta, no perdía ni uno de mis movimientos...

Estaba pelando las patatas mientras se calentaba el aceite. Nunca en mi vida las había pelado con tanta finura, no se podía desaprovechar ni un gramo.

Cuando ya están casi listas, aviso a mis compañeros para que se acercaran a cenar, algo que también observa el padre de la criatura y le llama para que no molestara. No molestaba, así que le digimos que se quedara y cenara con nosotros.

Pusimos el plato en el centro del círculo que formamos y le invitamos a imitarnos. No os podéis imaginar con qué delicadeza y curiosidad cogió la primera patata frita, como la degustaba en minúsculos bocados y como nos miraba como si acabara de descubrir un mundo de sensaciones.

Esa niña nunca había comido una patata frita.

En pocos minutos el plato se vació y mis compañeros se fueron a dormir. Nos quedamos ella y yo, sentados en las piedras del desierto bajo un espectacular cielo estrellado, mirándonos cómplices e intentando con expresiones gestuales y corporales transmitir lo que no podíamos expresar verbalmente.

Me explicó, o eso es lo que yo entendí, donde estaban las estrellas más brillantes y las constelaciones que conocía, que estaba allí porque eran vacaciones en el colegio y que quería ser guía.

Pasadas unas horas me acompañó hasta mi espacio de reposo y nos despedimos con un "hasta mañana. que, seguramente, era un hasta nunca.



Del ayer al hoy

Probablemente, lo que más ha cambiado en nuestro equipaje a lo largo de los años han sido las cámaras de fotos.

Desde las primeras y pesadas cámaras con sus objetivos intercambiables, pasando por las réflex, las digitales y las compactas, hasta llegar a los móviles actuales, hemos vivido una tremenda transformación que indudablemente nos ha facilitado las cosas.

Aquellos primeros viajes con los carretes de 36 diapositivas nos obligaban a seleccionar muy bien el objetivo para no desperdiciar fotos.

Al volver teníamos que mandar el material a revelar a Suiza, contener la emoción y esperar un mes para ver los resultados. Parece historia lejana.

La comodidad y la inmediatez de los móviles de hoy, han supuesto un cambio radical en la manera de inmortalizar un viaje.

Antes, tu ropa o tu calzado daban pistas sobre tu procedencia. En una ocasión me preguntaban ¿de dónde eres? de Europa, contesté... Ah no! tu eres de otro sitio. Los europeos vestían de Coronel Tapioca...

¡Además viajábamos sin teléfono!

Hoy parece inconcebible, pero os aseguro que se puede.

Entonces, al salir de casa y a modo de despedida siempre la misma frase:

Si no llamo, es que estoy bien.

Eclipse total de Sol en alta mar

El 26 de febrero de 1998 se producía un eclipse total de sol que empezaba en el Pacífico y cruzaba Centroamérica para terminar a 200 km de la isla de La Palma.

Para observarlo, el 19 de febrero, los 10 componentes de la expedición SHELIOS 98 nos enrolamos en el velero *TENERIFE* de la Universidad de La Laguna (dos palos y 13,5m de eslora), poniendo rumbo a un punto situado a 1100 km al oeste de Tenerife.

El viaje, sin sobresaltos. A la ida, haciéndonos a la experiencia de la vida en la mar en un espacio tan reducido y sin posibilidad de aislamiento. Las ganas por llegar se calmaban un poco con el espectáculo del inmenso océano y las historias y confianzas de los marinos profesionales.

El día del eclipse todo eran nervios y la meteorología no presagiaba nada bueno. A medida que se acercaba la hora, el mar se iba encrespando. La conjunción de sol y luna provocaban olas de 6 y 8 m que venían de todas partes haciendo muy complicada y peligrosa la navegación. La tripulación, tensa, muy tensa intentando mantener el orden a bordo y llegando a sujetar al palo mayor a nuestro periodista, ante la posibilidad de que su emoción le hiciera perder pie y caer al mar.

El momento del eclipse, mágico. Dos minutos de observación. Todos mirando extasiados hacia arriba sin prestar atención a lo que sucedía abajo y alguna lágrima hasta del más "duro" del grupo.

Nada más terminar la totalidad, viramos 180° y pusimos proa hacia casa, todos en silencio y rumiando lo vivido para luego poder contarlo.

Sólo más tarde, cuando visualizamos las imágenes grabadas, fuimos conscientes de donde habíamos estado metidos.



Terremoto en Turkia

El 10 de agosto de 1999 estábamos en una colina de Kastamonu preparando los equipos para ver un eclipse total de sol. Tras la elección del lugar fuimos desmontando los telescopios, ordenadores, cámaras y preparando la intendencia para el día siguiente.

Con la ayuda de una brújula, alineamos los telescopios y hacemos las primeras pruebas. Todo funciona. Ya al atardecer y al empezar a recoger, vemos que los telescopios no están alineados. La pregunta de rigor: ¿Alguien los ha tocado o se ha tropezado con ellos? Nadie. Caras de interrogación... las brújulas tienen una desviación de varios grados... mañana habrá que estar atentos.

Al día siguiente, minutos antes del eclipse, los ordenadores no funcionaban. Desánimo general hasta que Inés Rodríguez, nuestra científica responsable, da una patada a la mesa y aquello empieza a funcionar!!!

Maravillados por la visión del eclipse recogemos y empezamos a preparar la vuelta. El día 17 llegábamos a Tenerife.

Ese mismo día se produce el terremoto de İzmit, un sismo de magnitud 7.4 grados en la escala Richter que sacudió el noroeste de Turquía a las 3:02 a. m. (hora local). El evento duró 37 segundos, mató a mucha gente y dejó un saldo de aproximadamente un millón de damnificados sin hogar. Los informes oficiales hablan de 17000 muertos, las no oficiales de 35000.

Era la zona en la que acabábamos de estar.

¿Sería esa la causa de que nuestras brújulas se descontrolaran?



Un monstruo se come el Sol

Al amanecer del día del eclipse teníamos preparado un globo aerostático para hacer una ascensión. No había plazas para todos, así que cedí la mía a un niño que nos observaba extasiado.

Ese cambio de planes hizo que me pusiera al volante de nuestro Land Rover para seguirles, pero no teníamos mapas y entre los caminos de las montañas, les perdí de vista.

Dando vueltas por la zona encontré un destacamento militar al que me acerqué para pedir ayuda, pero no nos entendíamos... les dibujé un globo y por señas conseguí, primero su atención y después su colaboración.

La escena tuvo que ser irreal: en un lugar sin nombre donde no se atisba vida, se les acerca un tipo extraño haciendo señas y dibujos apuntando al cielo...

Pero me acompañaron, los localizamos y nos llevaron hasta el campamento base. Una vez allí, les invitamos a un té y les dimos las gracias, pero no tenían intención de irse... se quedaron para protegernos.

Empieza la parcialidad y todos atentos a su desarrollo... cámaras, ordenadores... en el momento de la totalidad una emoción y silencio indescriptible que se rompe cuando los militares empiezan a disparar al cielo.

El corazón casi se nos sale del cuerpo...

Luego nos explicaron que según la tradición el hecho de que la luna tapara el sol suponía que un monstruo se lo comía, por lo que antiguamente atacaban con lanzas hasta que muriera y dejara salir el sol.

Posiblemente y gracias a su ayuda, el sol volvió a salir.



¿Triunfo o fracaso?

Llegamos a Ohmkareswar (India) dos días antes de nuestra cita, para elegir el emplazamiento y hacer los preparativos para el anunciado eclipse total de Sol.

Pero Ohmkareswar no es lo que pensábamos, es mucho más, es un lugar sagrado y de peregrinación. Se celebra una fiesta importante. Una incesante marea de gente se mueve de un lado a otro.

Suenan oraciones, cánticos y tambores a todas horas. Los templos repletos de peregrinos huelen a incienso y flores. Familias, ancianos, niños, vestimentas, colores, ofrendas, té, divinidades, aseo, descanso, artesanía, miradas, restaurantes y todo tipo de útiles... Se vende de todo, menos alcohol.

El día anterior al eclipse cruzamos el puente que nos separa de la isla, entre peregrinos venidos de todas partes del país. Nos miran entre asombrados y perplejos, no debemos parecer turistas o hace mucho que no ven uno y, además, parece que sabemos dónde tenemos que ir...

Comienza la ascensión a lo alto del monte: una empinada escalinata anuncia lo que suponemos nuestro objetivo. Siguen mirándonos.

Llegamos al templo de Shiva con una inmensa imagen que vigila la isla, rodeados de gente intentamos buscar un lugar donde ver el eclipse, pero ninguno parece adaptarse, no se ve bien la salida del sol.



Tras un té de rigor donde conocemos a dos santones pensamos en regresar. Vemos que la gente sigue hacia delante en vez de volver a bajar por las escaleras. Parece otro camino, aunque más largo. Lo seguimos y como a un kilómetro aparece el templo que, sin saberlo, nos había traído hasta aquí: NO ERA EL DE SHIVA y lo que aparece ante nuestros ojos nos deja sin habla.

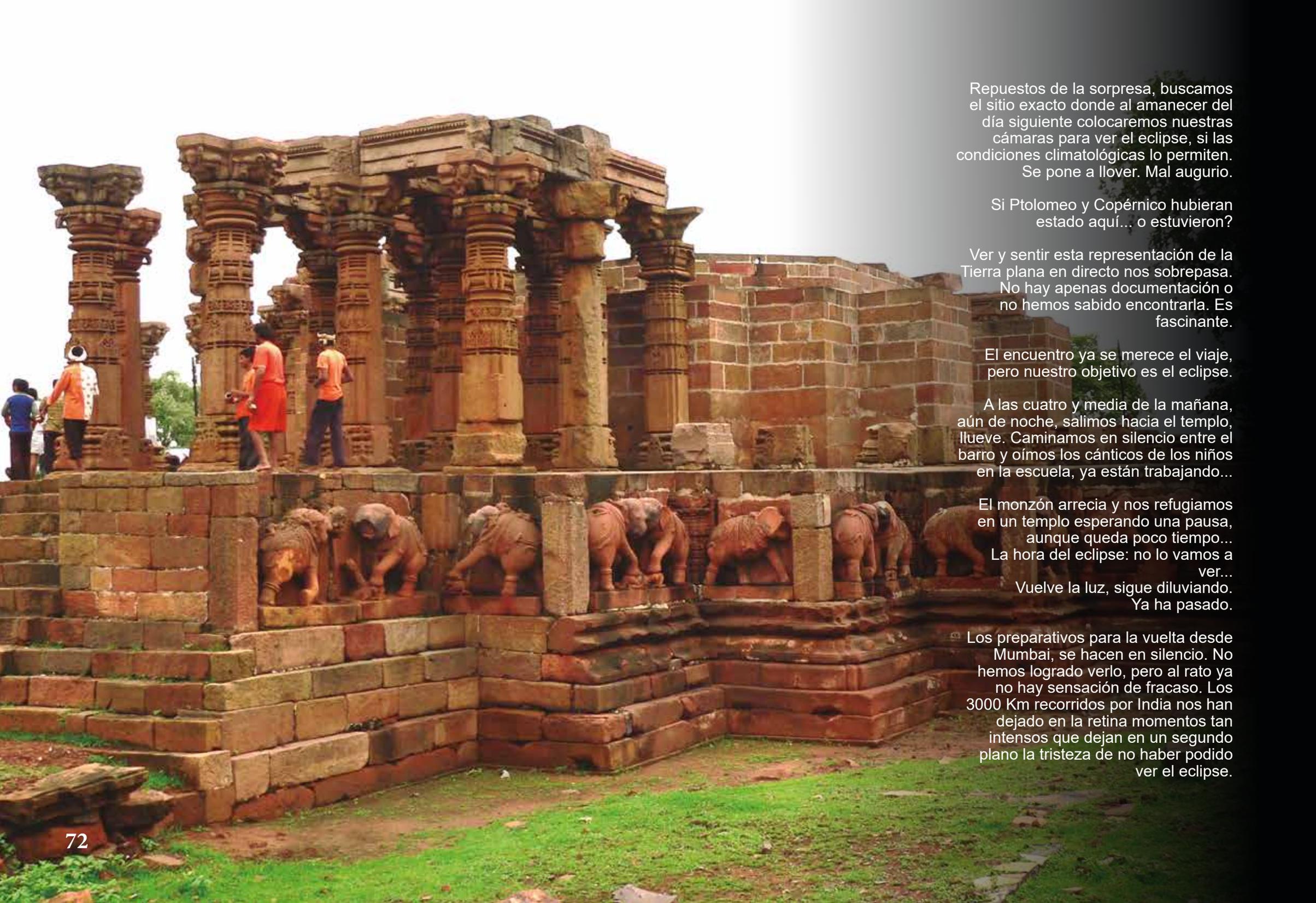
Era el templo de SIDDNATH.

En la mitología hindú, una de las creencias más antiguas refiere que la Tierra es una plataforma plana, sustentada por varios elefantes que, a su vez, se apoyan en el caparazón de una tortuga gigante semisumergida en un líquido lechoso. En el momento en que ocurrían grandes sismos, una de las explicaciones más recurrentes era que algunos animales de la base se habían movido.

Y eso era exactamente lo que estábamos viendo: Un templo soportado por una larga serie de elefantes sobre el caparazón de una tortuga (la isla) rodeada de agua por todas partes. No nos lo podíamos creer... y además con sus cuatro puertas orientadas hacia los cuatro puntos cardinales.

Lo fuimos recorriendo poco a poco. Tras descalzarnos, nos atrevemos a subir hacia esta antigua representación de la tierra plana y suenan los cánticos.





Repuestos de la sorpresa, buscamos el sitio exacto donde al amanecer del día siguiente colocaremos nuestras cámaras para ver el eclipse, si las condiciones climatológicas lo permiten. Se pone a llover. Mal augurio.

Si Ptolomeo y Copérnico hubieran estado aquí... o estuvieron?

Ver y sentir esta representación de la Tierra plana en directo nos sobrepasa. No hay apenas documentación o no hemos sabido encontrarla. Es fascinante.

El encuentro ya se merece el viaje, pero nuestro objetivo es el eclipse.

A las cuatro y media de la mañana, aún de noche, salimos hacia el templo, llueve. Caminamos en silencio entre el barro y oímos los cánticos de los niños en la escuela, ya están trabajando...

El monzón arrecia y nos refugiamos en un templo esperando una pausa, aunque queda poco tiempo...

La hora del eclipse: no lo vamos a ver...

Vuelve la luz, sigue diluviando. Ya ha pasado.

Los preparativos para la vuelta desde Mumbai, se hacen en silencio. No hemos logrado verlo, pero al rato ya no hay sensación de fracaso. Los 3000 Km recorridos por India nos han dejado en la retina momentos tan intensos que dejan en un segundo plano la tristeza de no haber podido ver el eclipse.

Aprendiendo del Cosmos

Desde siempre, todas las civilizaciones han tenido la conciencia de pertenencia al espacio que habitaban y a todo lo que lo rodeaba.

Se adoraba a los astros cercanos, Sol y Luna, y se daban facultades sobrenaturales a planetas y constelaciones.

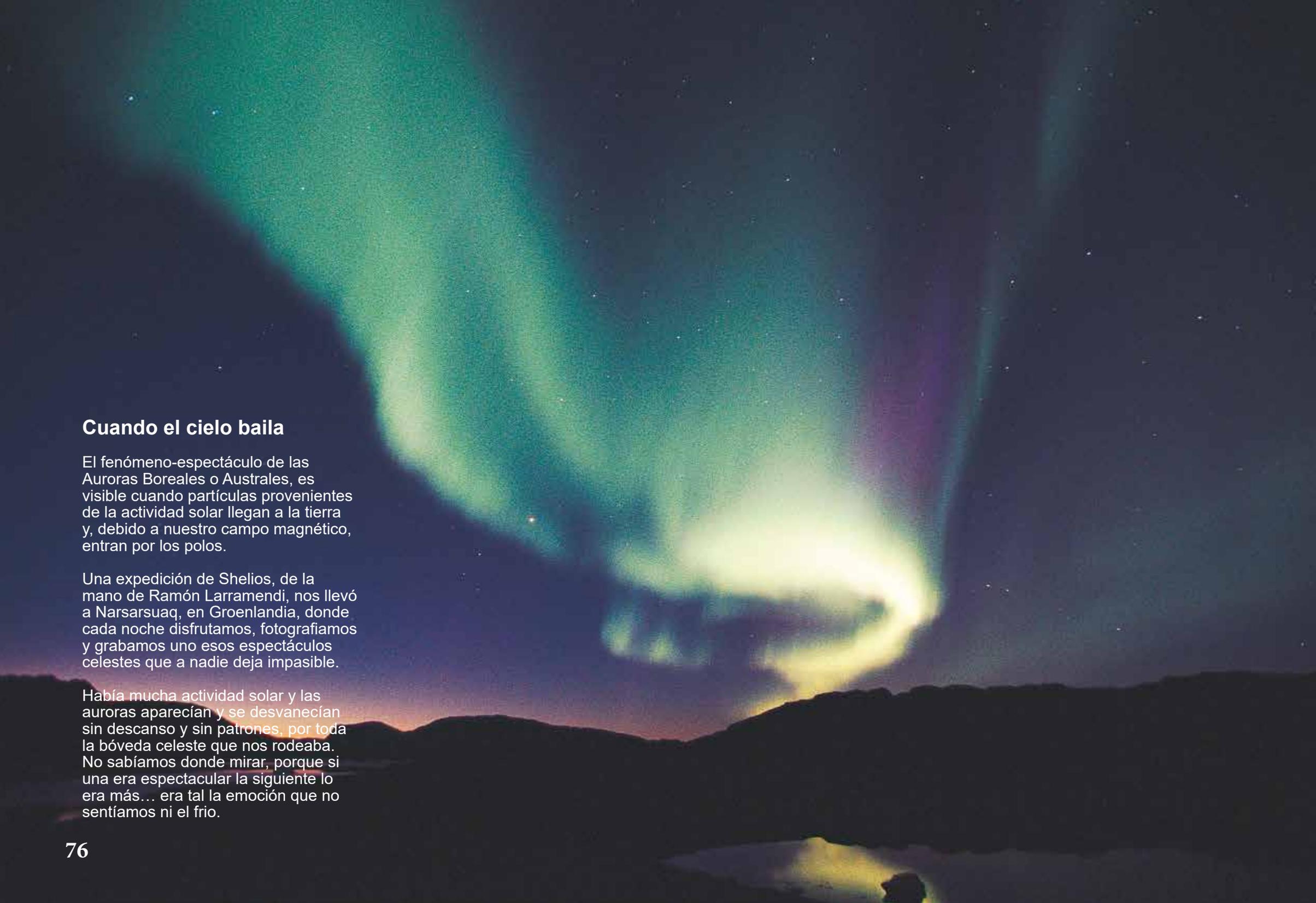
Con el paso del tiempo, los conocimientos fruto de la observación, el estudio y el tiempo, fueron dando pasos hacia su comprensión dejando a un lado supersticiones y creencias poco demostrables.

El día daba paso a la noche en una secuencia casi infinita y poco a poco nos dimos cuenta de que eso cambiante que nos rodeaba, a lo que llamábamos cosmos, tenía alguna influencia en nuestro devenir.

Estudiando su comportamiento y ciclos, podíamos entender a los animales y mejorar nuestros cultivos, podíamos orientarnos, podíamos prever y predecir fenómenos meteorológicos, aunque también había (y sigue habiendo) muchas preguntas sin respuesta.

Esa necesidad de comprender ha sido el motor de muchas expediciones científicas pioneras que, a base de esfuerzo y penurias, han ido proponiendo explicaciones científicas a muchos fenómenos susceptibles de las más variopintas interpretaciones.





Cuando el cielo baila

El fenómeno-espectáculo de las Auroras Boreales o Australes, es visible cuando partículas provenientes de la actividad solar llegan a la tierra y, debido a nuestro campo magnético, entran por los polos.

Una expedición de Shelios, de la mano de Ramón Larramendi, nos llevó a Narsarsuaq, en Groenlandia, donde cada noche disfrutamos, fotografiamos y grabamos uno esos espectáculos celestes que a nadie deja impasible.

Había mucha actividad solar y las auroras aparecían y se desvanecían sin descanso y sin patrones, por toda la bóveda celeste que nos rodeaba. No sabíamos donde mirar, porque si una era espectacular la siguiente lo era más... era tal la emoción que no sentíamos ni el frío.

Constructores de balsas de totora

Uno de los tripulantes de la expedición organizada por Kitín Muñoz para atravesar el Océano Pacífico fue Braulio Corani, uno de los últimos constructores de balsas de totora del lago Titicaca, en Bolivia.

Preparando un viaje a Perú, nos enteramos de que estaba reparando una de esas balsas expuesta en Pirámides de Güimar (Tenerife) y fuimos a verle. Tras un par de encuentros y como despedida, nos invitó a visitarle en su casa.

Meses más tarde, para su asombro, aparecimos en su casa una noche fría. Pero su casa era una minúscula choza con una sola estancia donde no cabía ni un alma.

¿Y ahora que hacemos?

Por suerte, su hijo conocía al propietario de un hotelito cercano que, aunque estaba cerrado, amablemente nos lo abrió. Era como el hotel de "*El Resplandor*"... con largos pasillos, muy oscuro y frío.

Al día siguiente nos llevó a la casa familiar, en una pequeña isleta, donde degustamos los sencillos manjares locales y al anochecer, aprovechando el espectacular cielo, dimos un taller de astronomía a los niños de la aldea.





Contrabando

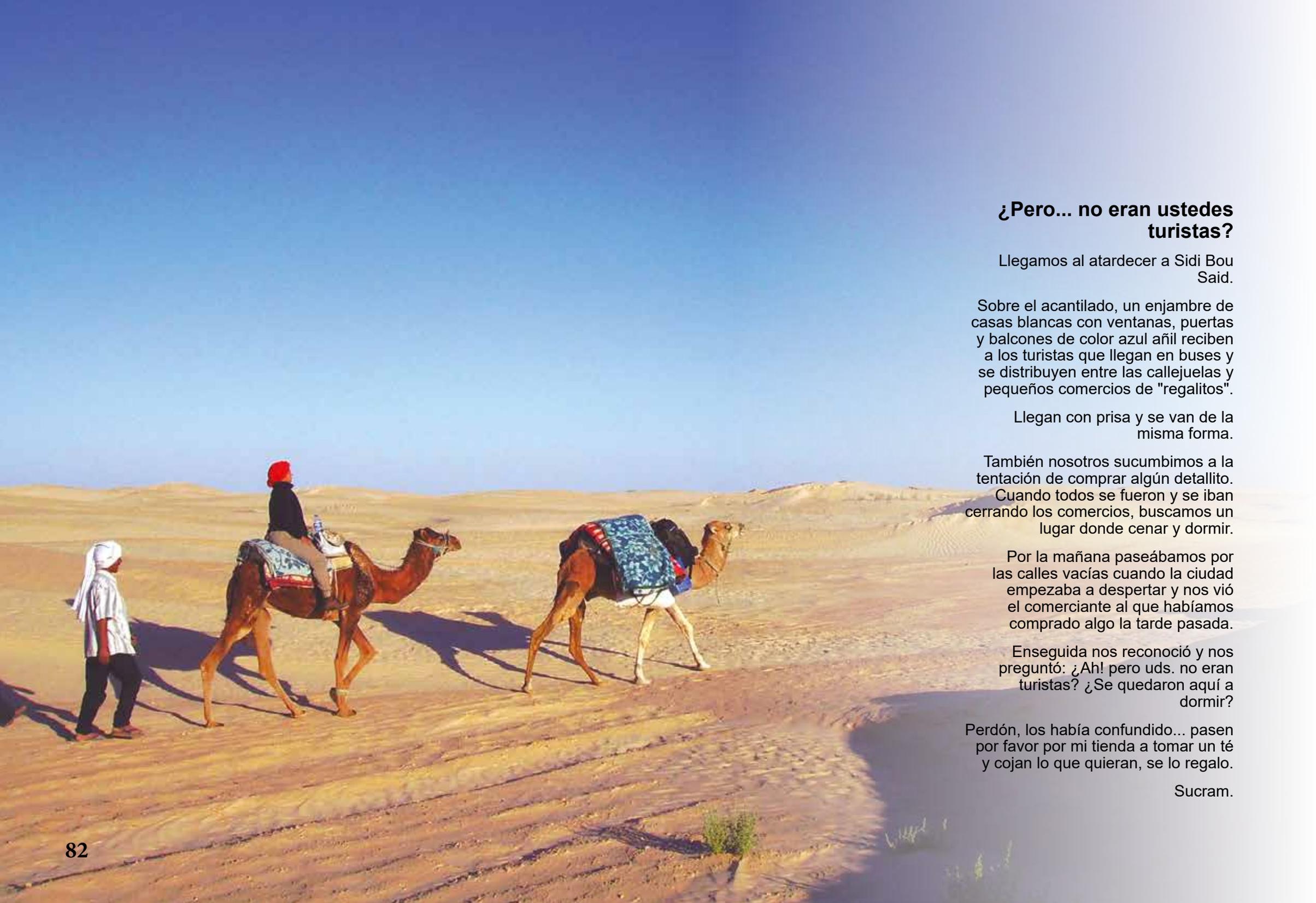
Una vez atravesado el lago Titicaca cogemos un autobús para el trayecto hasta la frontera entre Bolivia y Perú.

Al llegar, hay un registro de equipajes por parte de la policía sin problemas aparentes, salvo que una bolsa parece no tener dueño.

La bolsa se queda en la frontera y reanudamos viaje. A los pocos metros se para el bus y una señora que estaba a nuestro lado, se levanta "la pollera" (la falda) y empieza a sacar ¿100, 200 corbatas?. Su marido le ayuda y, una vez descargado el material de contrabando, le dice que vuelva a la frontera a por la bolsa.

No dábamos crédito a lo que estábamos viendo. La señora le dice que no tiene dinero, pero a su marido le da igual, le obliga a bajar del bus y la deja allí.

Nadie comenta nada.



¿Pero... no eran ustedes turistas?

Llegamos al atardecer a Sidi Bou Said.

Sobre el acantilado, un enjambre de casas blancas con ventanas, puertas y balcones de color azul añil reciben a los turistas que llegan en buses y se distribuyen entre las callejuelas y pequeños comercios de "regalitos".

Llegan con prisa y se van de la misma forma.

También nosotros sucumbimos a la tentación de comprar algún detallito. Cuando todos se fueron y se iban cerrando los comercios, buscamos un lugar donde cenar y dormir.

Por la mañana paseábamos por las calles vacías cuando la ciudad empezaba a despertar y nos vió el comerciante al que habíamos comprado algo la tarde pasada.

Enseguida nos reconoció y nos preguntó: ¿Ah! pero uds. no eran turistas? ¿Se quedaron aquí a dormir?

Perdón, los había confundido... pasen por favor por mi tienda a tomar un té y cojan lo que quieran, se lo regalo.

Sucram.

Té con moscas

Amanecer en cualquier pequeño pueblo perdido de cualquier país del mundo es un espectáculo para los sentidos:

Perezosamente la vida se instala en las calles vacías...

Los comercios abren sus puertas. Ver la actividad, el ir y venir de personas de todas las edades y condiciones serpenteando medio dormidas, pero sin un tropiezo.

Niñas y niños de camino a la escuela, sonrientes y felices. Ancianos desocupados viendo pasar las horas esperando a nada. Animales y personas llevando pesadas cargas de un lado a otro.

Puestos humeantes y olorosos de comida callejera, moscas, policías de la mano, monjes, ancianos pidiendo ayuda...

Sentarse en un improvisado (o no) establecimiento y degustar un té mientras te empapas de esa vida...



Un descuido peligroso

En las playas de arena blanca de Unguja en Tanzania, se puede ver a mujeres vestidas en el agua, son las cultivadoras de algas.

Son zonas muy planas donde no cubre más de 30 - 40 cm y el agua, a 35° de temperatura, es tan limpia que permite ver y extasiarte con la vida que alberga.

Tan sumidos estábamos contemplando lo que nos rodeaba, que no nos dimos cuenta de que, en un momento, todas las mujeres habían desaparecido.

Enseguida notamos que la marea subía y la corriente se aceleraba, y nosotros estábamos muy lejos de la orilla.

Con mucho esfuerzo y bastante agobio logramos llegar a la playa.

Habíamos cometido el error de no fijarnos, de no preguntar, de dejarnos llevar por nuestra experiencia en otro lugar del planeta, y eso nos llevó a un riesgo tan absurdo como inesperado.

Esta circunstancia se puede convertir en una constante si no somos capaces de "olvidar" nuestro bagaje y nuestras rutinas, para observar lo que tenemos delante y aprender.





El secreto de las Llamas Blancas

Viajamos a Perú para observar los restos arqueológicos de Choquequirao, ciudad "hermana" de Machu Pichu, en el departamento de Abancay, donde, a 3.300 metros de altura en la cordillera de Vilcabamba, han aparecido más de 30 figuras geométricas de llamas de piedra blanca perfectamente alineadas, en lo que podría ser la entrada al valle sagrado de los incas.

La ruta para llegar a la antigua ciudadela inca es dura, no hay carretera y se tarda unos cinco días de marcha en mulas, por caminos muy resbaladizos en temporada de lluvias y jornadas de más de 12 horas de travesía, con una humedad cercana al cien por cien.

Pero después del sufrimiento, los mosquitos y los resbalones, lo que encuentras al llegar merece la pena.

El punto de partida y avituallamiento es un pequeño y escondido pueblo llamado Cachora, que nos pareció "el fin del mundo".



Al tercer día de camino ya vislumbrábamos las ruinas, pero el tiempo empeoraba por minutos y no pudimos llegar.

Acampamos como pudimos y, viendo el estado de la climatología, decidimos salir un poco antes del amanecer para que en caso de apuro, nos diera tiempo a volver.

Recorrer las ruinas en aquel silencio, sobrecogía. Es un lugar donde se respira historia y te planteas preguntas.

Pero lo que veníamos a ver, estaba un poco más abajo y bastante escondido. Un sinuoso y peligroso sendero, casi tragado por la selva, nos llevó hasta un claro desde donde se divisaban los andenes decorados con llamas blancas.

Se podía oír el latido de nuestros corazones.

Teníamos pensado pasar allí la noche, pero en un instante, el tiempo cambió y, siguiendo los consejos de nuestro guía, tuvimos que tomar el camino de vuelta.

Al regresar a Cachora, tras caminar casi 65 kilómetros, el pequeño pueblo nos pareció Manhattan.



Un mapa templario en la plaza

Buscando en Cuzco documentación sobre las "Llamas Blancas", tuvimos la fortuna de poder contactar con Percy Paz, el antropólogo que sacó a la luz, en 2004, los restos arqueológicos de Choquequirao.

La charla era amena y muy instructiva, pero en un momento se calló y nos dijo: ¿Puedo hacer yo ahora una pregunta? Fueron varias...

¿Conocéis el Juego de la Oca?, ¿sabéis jugar?, ¿Quién os ha enseñado?

A nuestra cara de asombro, siguieron gestos afirmativos... y siguió contando...

Este juego representa la vida. Tiene 64 casillas que son los años de vida y todos los que pasen de esa cifra, son un regalo.

Pero es mucho más...

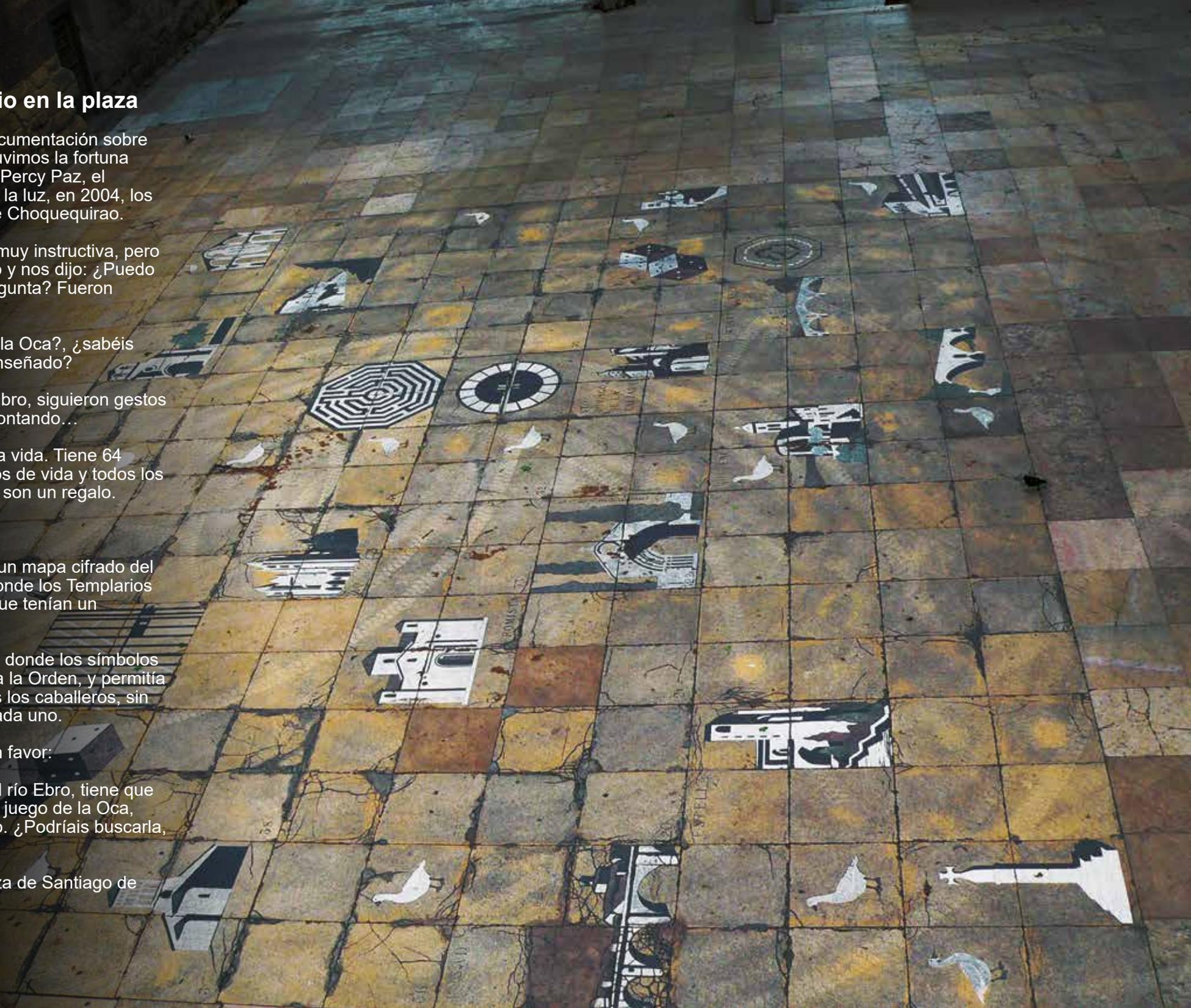
El Juego de la Oca, es un mapa cifrado del Camino de Santiago, donde los Templarios marcaban los lugares que tenían un significado especial.

Era como un jeroglífico, donde los símbolos eran conocidos por toda la Orden, y permitía su comprensión a todos los caballeros, sin importar el idioma de cada uno.

Y entonces nos pidió un favor:

Por La Rioja y cerca del río Ebro, tiene que haber una plaza con un juego de la Oca, muy grande, en el suelo. ¿Podrías buscarla, medirla y fotografiarla?

Se encuentra en la Plaza de Santiago de Logroño.





África nos mira

¿Cuál es la visión del “primer mundo” desde África?

Estamos acostumbrados a mirar al continente vecino desde nuestra óptica y raras veces hacemos el esfuerzo de intentar imaginar cómo somos observados.

Nos mira... como no entendiendo el porqué de las diferencias, el sinsentido de muchas de nuestras propuestas y lo inexplicable de muchas de nuestras actitudes.

Nos mira... unas veces con una infinita sonrisa, abriéndonos su corazón y otras con una profunda incredulidad, porque somos nosotros los que no llegamos a entender lo que nos ofrece.

Estos ojos, donde aparece la imagen del autor como un reflejo de lo superficial, transmiten la profunda y dura tristeza de no poder esperar otro tipo de interacción.



**África nace cada día
África es femenina**

Sus niñas y sus mujeres son un motor que no descansa, que siempre mira hacia un futuro en blanco, donde algún día podrán escribir y transmitir ese mundo tan doloroso y cerrado que llevan muy dentro.

Intento de detención

Acababan de retrasar la hora y no nos habíamos enterado... ese fue el motivo de una espera extra en la estación de autobuses de Lusaka, Zambia.

Haciendo tiempo, saqué la cámara de vídeo y me puse a grabar. De repente, una mano se me pone en el objetivo, tapándolo. De malas maneras y pensando en un gracioso, la retiro, pero no era un gracioso, era un policía que me agarra, trata de quitarme la cámara y me arrastra hacia no se sabe dónde.

Evidentemente, me resisto y empieza a amontonarse gente. Entiendo que me quiere decir que no puedo grabar. Las personas que nos rodean toman cartas en el asunto y comienzan a chillar al policía....

Se arma un buen revuelo, porque también le impiden que me lleve. Mis dos compañeras de viaje, Erika e Ibone se bajan del bus para ayudarme.

En estas estamos cuando, atraído por el tumulto, aparece el jefe de policía. Un hombre grande con aspecto de bonachón... aprovecho para aparecer como víctima apoyado por los gritos del corrillo de espectadores.

Una vez comprobado mi desconocimiento de la norma y que no parezco sospechoso de casi nada, todo se calma. El jefe me coje del brazo y me dice: "*Hakuna matata*" vengan conmigo, les invito a un té.





¿Hay trenes en África?

El tren es ese gran desconocido para viajar por África... pero os aseguro que existe y que merece la pena.

Estando nosotros en Zanzíbar decidimos ir a visitar las Cataratas Victoria en tren. Casi 2000 km atravesando Tanzania y Zambia para llegar justo hasta el puente sobre el río Zambeze que hace frontera con Zimbabwe.

Nos llevó tres días de viaje, dado que las infraestructuras son bastante precarias y los horarios casi nunca se cumplen. Recomendable ir siempre con bastante margen de tiempo porque los retrasos pueden ser de días, como nos sucedió a la vuelta.

El tren, muy básico y sin comodidades, nos permite disfrutar de esos paisajes, amaneceres y atardeceres que sólo se ven en la sabana africana y de esos asentamientos que salpican el trazado y tienen en el tren su medio de subsistencia, con personas siempre sonrientes portando todo tipo de alimentos y chucherías.

Como somos los únicos foráneos, nos asedia una marabunta de niños pidiendo "one pen one dólar", pero siempre cantando y sonriendo.

Las paradas son continuas y a ambos lados de las vías hay vida, mucha vida. Cuando se reanuda la marcha la gente se dispersa contentos los que han vendido algo y tristes los que no lo han hecho. Vuelven a sus rutinas a la espera del próximo tren que puede pasar en dos o tres días y quizás haya un poco más de suerte.



Paralizado en Antigua - Guatemala

En cualquier viaje puede surgir un “contratiempo”... Me encontraba en Copán (Honduras) impartiendo unos talleres de video y edición a un grupo de jóvenes. En un momento dado, necesitábamos un material que no había forma de conseguir. Solución: ir a Guatemala a buscarlo. Copán está muy cerca de la frontera y es fácil encontrar algún transporte al que acoplarse. Mi “Pick Up” iba a Antigua y yo, en su “paila”, también. Pero no fuimos por la carretera, sino por caminos alternativos.

Al llegar no me encontraba nada bien. Encontré una pequeña pensión donde pasar la noche y ver si se me pasaba un tremendo dolor de espalda. No fue así. El dolor iba en aumento. Bajé las escaleras arrastrándome ante la incredulidad de mi anfitriona que debió pensar en una larga noche de alcohol... Cuando entendió lo que pasaba, cambió su cara y me preparó un brebaje de hierbas “sanador”. No funcionaba, así que había que pensar en soluciones... en ese momento me doy cuenta que no llevaba ninguna referencia ni contacto ni número de teléfono al que llamar (todavía no había móviles).. ¿y entonces?

A pensar... en esa zona hay mucha devoción religiosa y era muy probable que hubiera algún misionero español ejerciendo. Efectivamente, mi anfitriona conocía uno y enseguida vino a buscarme llevándome al pasillo de su casa. Tenía que estar horizontal y sobre superficie dura. También por suerte conocía la ONG de Honduras con la que estaba colaborando y se puso en contacto con ellos para que vinieran a buscarme... “En dos días están aquí”...

A los 4 llegaron con una colchoneta en la paila y 268 km de caminos infernales... en la frontera, risas al ver al gringo allí tirado que no podía acercarse a la ventanilla de los pasaportes.

Ya en Copán y tras un mes tratando de buscar mejoría sin encontrarla, me puse en contacto con el seguro de viajes de la tarjeta de crédito y funcionó. Me querían llevar a San Pedro Sula para operarme. Me opuse sin dudarlo.

En diez días me pusieron en un vuelo a Madrid (en primera) donde me esperaba una camilla para llevarme a Tenerife.

Hoy llevo unas placas con tornillos de titanio en la espalda.



La ayuda siempre llega

Entre Merzouga y Ksar Tanamouste, nos adentramos en el desierto marroquí para pasar la noche. Al amanecer dimos la vuelta para volver por donde entramos, pero se nos atascó en la arena la autocaravana de Ibone. No había forma de salir y no había vida que pudiéramos avistar.

En un momento dado, aparece caminando por el horizonte una figura que se aproxima hacia nosotros. Era un señor con un enorme tablón al hombro.

"Les vi pasar anoche y como no volvían pensé que tendrían problemas". No nos lo podíamos creer...

No nos pidió nada.

Le invitamos a un te en nuestra morada y ni tan siquiera nos dejó que le lleváramos a algún sitio.

"Vayan ustedes por ahí y que Alá les acompañe"... allí se quedó con su tablón por toda compañía.

Tambores para la Convivencia en Lamu, Kenia

Como cada año, desde 2010, llegamos a Lamu - Kenia para participar con los niños de nuestra escuela de percusión en el Lamu Cultural Festival, el festival de la cultura swahili más importante del este africano, que atrae a muchos visitantes y algún turista, haciendo que esta pequeña villa, patrimonio de la Unesco, cambie su tradicional tranquilidad por un incesante ir y venir de personas, olores, colores, burros, pequeños barcos, dhows, niños...

Es el momento de ver el trabajo de la Anidan-Bloko del Valle Juniors Band en el escenario de Mukunguni, la plaza principal de Lamu. Nervios, muchos nervios... los tambores a punto, nueva equipación y nuevas rodilleras aportadas por todos los blokeros de Tenerife... la pintura en sus caritas, calor, emoción y en un rato a darlo todo... saben orgullosos que nos tienen aquí y sabemos felices que les tenemos allí... cada día más cerca y bien instalados en nuestros corazones...



Muchos de estos pequeños percusionistas se han colgado los tambores por primera vez... no os podéis imaginar sus caras de ilusión... y todos los mayores ayudando, apoyando... emocionante, muy emocionante... algo inenarrable nos recorre el cuerpo.

Ver que año tras año, estos niños y niñas sonrían y se entregan a la percusión sin miedo y apoyados por la gran familia de Anidan, no tiene palabras. Cada año damos un pasito más y ellos lo asumen sin problemas. Cada día les exigimos más y van entendiendo la importancia y valor del grupo.

Con el proyecto Tambores para la Convivencia trabajamos la filosofía de Bloko del Valle de respeto, ayuda, colaboración, compromiso y trabajo, que van a necesitar cuando sean mayores. Es un apoyo a su educación en un ámbito diferente y que, con el tiempo, puede ser una salida profesional.

Ahora ya lo van entendiendo, porque ven que les llaman para actuaciones y eventos públicos y, sobre todo, porque ven que transmiten alegría y felicidad a todos los que se amontonan a su alrededor cada vez que suenan sus tambores.





Viendo el viaje desde el otro lado

Dejar por un tiempo de ser intruso y actuar como organizadores y anfitriones para un grupo de intrusos hace ver todo de diferente manera.

En 2014 tuvimos la posibilidad de materializar un sueño largamente perseguido. Bloko del Valle, nuestra escuela de percusión, llevaba varios años trabajando con los niños de la Casa de Acogida Anidan en Lamu, Kenia.

Tras una serie de conversaciones con un amigo, el director de orquesta Iker Sánchez Silva, vimos la posibilidad de hacer algo nuevo, algo grande, algo especial con 11 niños y niñas kenianos (el presupuesto no daba para más) y nos pusimos a trabajar. Con el apoyo incondicional de Iñaki Lagos e Iñaki Iraola de la EIO (Orquesta Joven de Euskadi), conseguimos involucrar al Gobierno Vasco y unos meses después, estábamos haciendo una gira por Europa.

Imaginaros la escena.... Once niñas que viven en una isla donde no hay ni coches ni carreteras aterrizando en Roma, gracias al trabajo de Ugo Mattei y al apoyo de la Fundación Vodafone Italia. Allí, y tras varios ensayos, tocamos con la orquesta joven de la Academia de Santa Cecilia en el Auditorio Parco de la Música.

Nuevo vuelo y traslado a Euskadi. Una semana de ensayos y convivencia en Barria con los 90 componentes de la Orquesta Joven de Euskadi y las 80 voces del Orfeón Donostiarra Gazte y a tocar. Llenamos las butacas del Conservatorio de Vitoria, del Palacio Euskalduna de Bilbao, del Museo Guggenheim de Bilbao, del Kursaal de San Sebastián, del Auditorio de Zaragoza y del Teatro Monumental de Madrid.





El trabajo de gestión y organización para mover a 181 jóvenes y sus instrumentos, por todos estos escenarios sin ser profesionales en esta materia y guiados exclusivamente por la ilusión, fue brutal.

Si la Gira Tambores para la Convivencia fue una experiencia inolvidable para todos, lo fue especialmente para nuestros invitados, unos niños y niñas de un orfanato keniano que no sabiendo música y con instrumentos de calle que se atreven a compartir un escenario de música clásica.

Los 40 días de gira por Europa, dieron de sí muchas situaciones y emociones que, todavía hoy, están “calentitas” dentro de todos y cada uno de los que hemos estado involucrados en esta locura de proyecto.

Nunca hubiéramos visualizado unos resultados como los obtenidos, porque en el día a día, no había tiempo para soñar.

Las convivencias, los viajes, las comidas, el poco descanso, los ensayos y los conciertos constataron que en el grupo había magia y eso se transmitía en los escenarios.

Todos los auditorios llenos, la gente en pie aplaudiendo a rabiar y todos a la calle, a seguir la fiesta.

No había forma de terminar.

Luego muchas personas, conocidas y desconocidas, se acercaban para darnos las gracias y mucho ánimo para seguir... y seguimos... claro que seguimos.



Tambores para la Convivencia en Tirrases, Costa Rica

Una invitación del Ministerio de Cultura de Costa Rica para participar en el Festival Internacional de las Artes - FIA 2018 nos permitió desarrollar el proyecto Tambores para la Convivencia en la comunidad de Tirrases, Curridabat - San José de Costa Rica.

A este barrio marginal, duro y, en palabras de Natalia Galeano directora del Centro de Desarrollo Humano La Cometa, "bañado en sangre y dolor" donde los problemas son el día a día, llegamos con nuestros tambores.

Vaya experiencia!!! Un mes de intenso trabajo con más de 80 personas de la comunidad de Tirrases han sido suficientes para crear unos vínculos que van mucho más allá de la percusión... se ha creado una nueva FAMILIA... unos invisibles lazos amarrados a unos corazones llenos de cariño, ilusión y sonrisas y dispuestos, a pesar de la distancia, a mantener viva la Energía Bloko hasta nuestra siguiente visita...



Tambores para la Convivencia en Praia Cabo Verde

De isla a isla, en la Macaronesia.

Para los nuevos en estas lides, esta experiencia supone "un antes y un después"... lo vemos en sus caras, en sus emociones diarias, en cómo lo dan todo sin estar en las mejores condiciones, en cómo han entendido que hay algo mucho más importante que uno mismo: los otros... y que todo el esfuerzo se ve recompensado con una mirada furtiva, un guiño, una sonrisa o un abrazo de cualquiera de los muchos niños y niñas con los que tenemos el honor y la suerte de poder compartir un poco de su tiempo.

En Tira Chapeu (barrio marginal de Praia) cuesta hacerse con los niños. Es duro y precisa de un derroche de fuerzas que no es tan necesario en otras zonas. Hay muchos niños sin escolarizar, que viven prácticamente en la calle y que defienden a capa y espada su espacio. Pelean, gritan, es difícil mantener su atención y están muy mediatizados por los más mayores...

Vemos que sacarlos de su entorno puede facilitar el trabajo, así que los trasladamos a Cidade Velha y allí son ellos mismos. Muchos de ellos nunca habían montado en coche y se marean, pero la playa y los tambores hacen que esos días supongan una evolución que vemos año tras año.

¿Dónde naces?

No somos conscientes de los privilegios que supone nacer en un sitio o en otro. Los que hemos tenido la suerte (no hay opción) de nacer en el mundo “más desarrollado”, rara vez nos preguntamos que hubiera pasado si el azar nos hubiera colocado en otro lugar.

Tenemos acceso a casi todo, somos consumistas empedernidos, no valoramos todas esas facilidades que llamamos “derechos” ... y, además, (despreciamos igual no es la palabra correcta) cerramos la puerta a todos aquellos que anhelan acceder a lo que aquí tenemos. Pero no nos engañemos... sólo cerramos la puerta a los que no tienen nada. Es un problema económico.

Viajando por lugares “menos favorecidos” nos asaltan las comparaciones cuando lo lógico sería observar, escuchar y aprender.

Tener delante y con nombres, situaciones de las que igual hemos oído hablar o hemos visto en algún medio de comunicación, nos proporciona una inquietud que se vive de muchas maneras.... van dos:

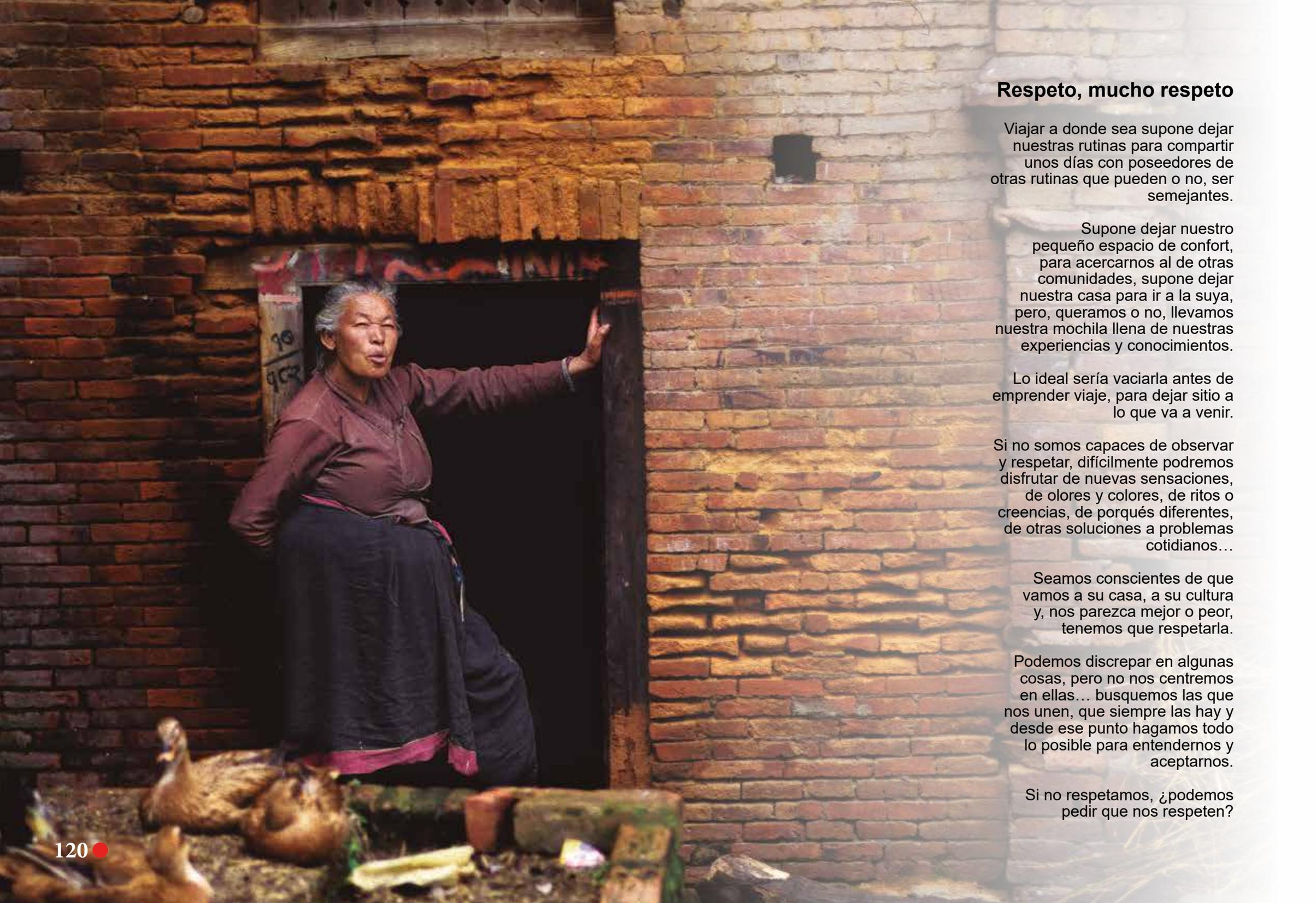
- ¿Has visto eso? Qué pobres... No puede ser... haces una foto y te vas. Un ratito de pelea con tu conciencia y a otra cosa.

- ¿Qué está pasando aquí? Te acercas, preguntas, tratas de entender y extiendes tu mano... ¿Qué puedo hacer? y siempre desde el mayor respeto del que seamos capaces.

*Hay hombres que luchan un día y son buenos.
Hay otros que luchan un año y son mejores.
Hay quienes luchan muchos años y son muy buenos.
Pero los hay que luchan toda la vida:
esos son los imprescindibles.
Bertolt Brecht*



*...todo llega
y todo se va...*



Respeto, mucho respeto

Viajar a donde sea supone dejar nuestras rutinas para compartir unos días con poseedores de otras rutinas que pueden o no, ser semejantes.

Supone dejar nuestro pequeño espacio de confort, para acercarnos al de otras comunidades, supone dejar nuestra casa para ir a la suya, pero, queramos o no, llevamos nuestra mochila llena de nuestras experiencias y conocimientos.

Lo ideal sería vaciarla antes de emprender viaje, para dejar sitio a lo que va a venir.

Si no somos capaces de observar y respetar, difícilmente podremos disfrutar de nuevas sensaciones, de olores y colores, de ritos o creencias, de porqués diferentes, de otras soluciones a problemas cotidianos...

Seamos conscientes de que vamos a su casa, a su cultura y, nos parezca mejor o peor, tenemos que respetarla.

Podemos discrepar en algunas cosas, pero no nos centremos en ellas... busquemos las que nos unen, que siempre las hay y desde ese punto hagamos todo lo posible para entendernos y aceptarnos.

Si no respetamos, ¿podemos pedir que nos respeten?



Un viaje DIFERENTE

Viajando se aprende a ver las realidades desde dentro e inevitablemente hacemos comparaciones... error...

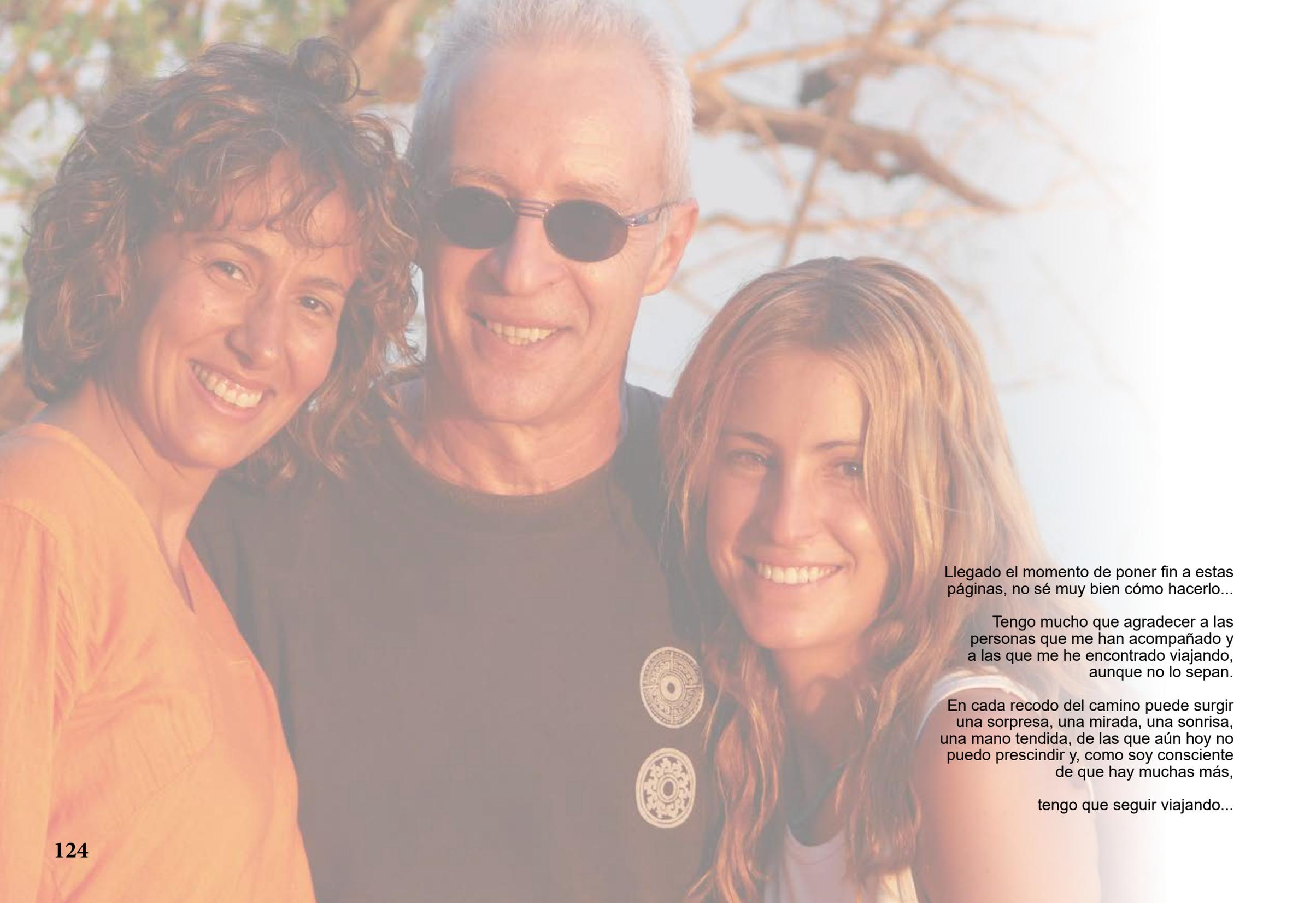
Las necesidades son subjetivas, las carencias no.

Vivir otras realidades nos "recoloca" un rato, porque cuando volvemos a nuestras rutinas las intenciones se disuelven... ¿y qué podemos hacer?

A nivel individual no vamos a cambiar el mundo, pero eso no implica que no podamos hacer nada. Hay pequeñas acciones que pueden ayudar si somos capaces de aparcar un poco de nuestro espacio de confort y compartirlo con alguien.

El nuestro lo compartimos desde 2016 con Amina.

Y os aseguramos que es un gran viaje.



Llegado el momento de poner fin a estas páginas, no sé muy bien cómo hacerlo...

Tengo mucho que agradecer a las personas que me han acompañado y a las que me he encontrado viajando, aunque no lo sepan.

En cada recodo del camino puede surgir una sorpresa, una mirada, una sonrisa, una mano tendida, de las que aún hoy no puedo prescindir y, como soy consciente de que hay muchas más,

tengo que seguir viajando...

Y un día mi corazón se paró

Como en todos los viajes surgen momentos o situaciones inesperados, en el transcurrir por las historias de este libro, y cuando ya lo había dado por terminado, surgió lo “no previsto”: mi corazón se paró... VAYA VIAJE.

No tengo ninguna consciencia de haber estado muerto, no he visto esa luz al final del túnel de la que se suele hablar, no me ha pasado por delante mi vida a modo de película acelerada.

Hubo un momento, cuando empezaron los primeros síntomas, en el que sentí que lo que estaba pasando no era normal, que parecía serio y que podría ser el final... y sentí PAZ, mucha PAZ... “si esto es la muerte, me apunto”... como la había soñado, sin molestar.

Sucedió en casa y con mi gente alrededor. Si no hubiera sido así, hoy no podría estar escribiendo estas líneas a última hora.

Y uno piensa en los porqués, el cómo y dónde. Las opciones de no retorno eran enormes y en el caso de volver llegarían las inevitables y terribles secuelas... no han aparecido...

Un elemento a pensar: El montón de células que me conforman deciden (por lo que sea) que ha llegado el momento de dejar de ser. Que se acabó.

Pero el hecho de haber nacido donde has nacido, de estar donde estás y rodeado de las personas que quieres, abre opciones a la posibilidad de revertir esa decisión. Esas personas deciden que hay que impedirlo y lo consiguen.

No soy consciente ni recuerdo lo que pasó, del trasiego de sanitarios y ambulancias, ni de las tres paradas de mi corazón, ni de que algo me doliera... sólo la seguridad de que Erika, Amina, Neni, Unai e Ibone, estaban conmigo y había PAZ, mucha PAZ.

- 
- 4 - Para ponerlos en contexto
8 - ¿Viajamos?
10 - Viajes desorganizados
12 - ¿Qué hay en la mochila?
14 - Miedo a viajar
16 - ¿Dónde vamos?
18 - ¿Qué llevarnos a la boca?
20 - Pensar antes de intervenir
22 - El incesante ir y venir
24 - Rubíes en el autobús
26 - Sin palabras
28 - Cuidado con la policía
30 - Viajar por Tíbet
34 - Monasterios
38 - Funerales del cielo
42 - Tú te quedas fuera
46 - Escritura invisible
48 - Sostenibilidad
50 - Salvoconducto en una servilleta
52 - El hotel que no era un hotel
54 - Hospitalidad
56 - Una niña en el desierto
60 - Del ayer al hoy
62 - Eclipse de sol en alta mar
64 - Terremoto en Turkía
66 - Un monstruo se como el Sol
68 - ¿Triunfo o fracaso?
74 - Aprendiendo del Cosmos
76 - Cuando el cielo baila
78 - Constructores de balsas de totora
80 - Contrabando
82 - ¿Pero... no eran ustedes turistas?
84 - Té con moscas
86 - Un descuido peligroso
88 - El secreto de las Llamas Blancas
92 - Un mapa tamplario en la plaza
94 - África nos mira
96 - África nace cada día
98 - Intento de detención
100 - ¿Hay trenes en África?
102 - Paralizado en Antigua – Guatemala
104 - La ayuda siempre llega
106 - Tambores para la Convivencia en Lamu, Kenia
110 - Viendo el viaje desde el otro lado
114 - Tambores para la Convivencia en Tirrasas, Costa Rica
116 - Tambores para la Convivencia en Praia, Cabo Verde
118 - ¿Dónde naces?
120 - Respeto, mucho respeto
122 - Un viaje diferente
126 - Y un día mi corazón se paró